R.A.P. en el bus

Ejemplar ________/ 150

R.A.P. en el bus

Textos e ilustraciones de

Juan Biermann López



2017

Juan Biermann López

R.A.P. en el bus

JÜBILO EDITORIAL

Primera edición - Septiembre de 2017.

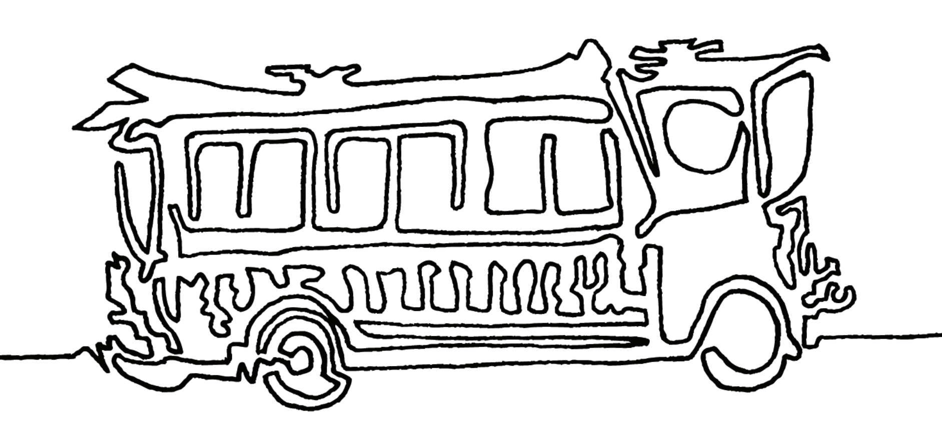
ISBN: 978-958-48-2007-5

Impreso en los talleres gráficos de Jübilo Editorial, en Bogotá, Colombia

a Guni

Índice

R.A.P. en el bus



Eran las dos y cuarto de la tarde cuando salí de la biblioteca Virgilio Barco, pensativo. Caminé sin afanes, por la calle 63, hasta el primer puente peatonal que encontré. Allí me detuve a esperar bus. Tomé uno que me llevaría hacia el oriente por toda esa calle hasta la carrera 13, que recorrería hacia el sur. Me dirigía a la 34, a Profamilia.

El bus al que subí iba parcialmente desocupado. Sin embargo, a lo largo del trayecto hasta la 13, se subieron al menos siete personas, dejando aún unos pocos puestos libres. Tomamos la 13; y tras unas cuantas cuadras recorridas, se subió un hombre joven -de unos veintidós o veintitrés años-, vestido con anchos pantalones color azul y un saco gris con capota que cubría la gorra blanca, roja

y negra en la que se alcanzaba a ver, en su frente, la inscripción RUN-DMC.

Subió, pagó su pasaje con cierto estrépito, cruzó la registradora, miró a la gente allí sentada; apoyó su mano derecha sobre el espaldar de una silla y, dirigiéndose a quien lo escuchara, dijo:

—Buenas tardes, mi gente —guardó un segundo de silencio para dejar escuchar la voz de las dos o tres personas que le devolvieron el saludo—, ¿cómo estamos? ¿Bien? Perdón si los vine a incomodar o a robarles un minutico de su apreciado tiempo. Como se pudieron dar cuenta, pagué el pasaje, para que no se crea que vengo a robar o que no invierto en mi trabajo —miró la mochila que traía consigo y continuó—; llevo ya como tres o cuatro buses en los que me han hasta aplaudido, pero nada o casi nada me han dado por el arte que ofrezco, mi gente. Y es que, desafortunadamente, mi gente, hay todavía muchos que creen que ser rapero es ser ratero y se creen que la plata que uno recoge es pal vicio, pal crimen, o pa ambos. Pero no, mi gente; como dice la canción: "La plata es para mi arte", para la música, la creación...

Agarró su mochila, hizo el amague de que iba a sacar un macizo reproductor de música, pero se contuvo; mirándonos, siguió:

—¿Saben qué voy a hacer, mi gente, para que noten el trabajo que esto tiene? Voy a improvisar, pero como lo hace un parcero, El Rebelde, que ahorita está en el Ecuador pegando duro con su música —acto seguido,

con cierto esfuerzo y poca delicadeza, sacó de su mochila un sólido aparato, poco más grande que la batería de un auto, al que conectó una memoria USB, esperó, adelantó un par de canciones hasta dar con la que buscaba–: Mi gente, para que se den cuenta lo que significa rap.

La pista empezó a sonar. Y él, tras esperar el momento indicado, arrancó:

–Representando Al Pueblo, Recordando Al Parcero. Dice: Ritmos Acelerando Pulsaciones, Ríos Abriéndose Paso, Rimas Anudando Palabras, Recuerdos Avivando Pasados; Rebaños Anónimos Pasando, Raíces Ancestrales Presentes, Risas Alegrando Paseo, ¿de quién? Del Respetable Auditorio Presente –sonrió y, con un gesto de su mano libre, abarcó a quienes estábamos ante él; con su movimiento casi logró tocarme, por lo cerca que lo tenía, a menos de un metro–. Sigue: Reflexión Al Pueblo, mi gente: Resistimos Ante Prohibiciones Referidas A Posibles Realidades Aptas Para Recrear Alegres Paraísos –tomó aire–; Románticas Alucinaciones Pasajeras –de repente, sonó un teléfono, su teléfono celular, escandalosamente, sacudiendo su bolsillo; él lo sacó de donde lo tenía, miró quién lo llamaba y canceló la llamada entrante–: Repicares Alterando Presentación –dijo, señalando el teléfono que, como si fuera parte de la *Presentación*, volvió a repicar; el joven rapero se puso ligeramente pálido; nos miró, miró la pantalla del aparato y, tras un breve suspiro, canceló

nuevamente la llamada–; y dice, mi gente: Remedios Anhelados Posibilitando Reencontrar Algún Paciente Relegado A Perecer; Rebosar Alegrías Para Restaurar Almas Perdidas, Repetidamente Atacadas Por Rivales Asquerosamente Perversos –su celular timbró por tercera vez–; insiste la cucha –le oí mascullar– ¡Qué pena, mi gente! Esto me pasa por no tener EPS. Cuando la cucha insiste es por algo –aceptó la llamada; a una joven, sentada cerca a mí, la escuché reír ante lo que estaba ocurriendo.

–Aló –contestó el joven rapero–, ¿qué pasó, mamá? Me agarró en pleno...

–Aló, ¿mijo? –escuché que decía la voz al otro lado– Mijo, ya lo sé todo; y yo sé qué me va a decir usté, pero no estoy de acuerdo con que Yohana...

–Mire, mamá, ya el momento pa'blar d'eso pasó. Ahorita estoy trabajando...

–Pero mijo, yo les colaboro...

–Mamá, ya la decisión se tomó, ¿sí? Y hablamos después, porque ahorita...

–Mijo –lo interrumpió–, ¿por qué tienen tanto miedo?

–¿Miedo? ¿Cuál miedo?

–Entonces cobardía...

–Mamá, no sea tan pasada. Cobardía sería tenerlo...

–No diga eso, mijo. Ustedes todavía hay cosas que no entienden...

–¡¿Pero qué?! –exclamó mirando el teléfono– ¿Pa qué me llamó?

–Mijo, después se van a arrepentir... y Dios los va a castigar...

El joven rapero alejó el teléfono de su rostro, como quien busca poner en otro lugar un objeto maloliente. La mujer, que antes había reído, ya ni sonreía; y hasta el chofer y su ayudante parecían estar escuchando con suma atención lo que se debatía en aquella llamada.

–Sabe qué –exclamó el joven, retomando la conversación telefónica–, le voy a explicar por qué. Escúcheme bien –adelantó un par de pistas en su robusto reproductor, hasta llegar a la que buscaba–; escuche cucha: Qué me viene a pedir que traiga a morir a este mundo, inmundo mundo, donde nadie respeta, si no te defiendes te dan en la jeta, porque nadie respeta; y la vida no vale ni una bala, si das papaya primero te matan, luego te disfrazan, te presentan como rata... No voy a traer a este mundo quien pague esa condecoración...

Bastante exaltado, enrojecido su rostro, el joven rapero respiró varias veces, miró el teléfono y prosiguió:

–No voy a traer a morir, después de sufrir, a otro más de los que van por ahí, al que no podré darle salud ni educación, la educación es pa los ricos, la salud la dal Señor; la plata la consigo con lo que aprendí, a rimar rimando aprendí, pa tener con qué vivir –respiró– ¿Me escucha, cucha? Ni Yohana ni yo queremos, con nosotros suficiente ya tenemos; queremos seguir siendo jóvenes, queremos cumplir nuestros sueños, llegar lejos, ganar buen dinero...

De repente, se detuvo; su respiración evidenciaba gran alteración; tras algunos segundos, sin dejar de jadear, volvió a la carga:

–Hay que estar demente para traer más gente a este mundo indiferente, lleno de culebras y serpientes; si te equivocas, no amaneces; si confías, siempre pierdes; si te entregas, se te burlan y te venden; si no tienes plata, y te da por tener hijos, tombos te los vuelven; termina el padre por el hijo encerrado, abandonado queda uno a su suerte, sentenciado a ser culpable, por dárselas de valiente, cuando pudo evitarlo, no fue capaz de decirlo de frente –pegó su nariz a la pantalla del celular– ¿Sabe qué, cucha? Ya a mí no me convence –y, sin dudarlo, cortó la llamada y, de paso, apagó el celular; todo eso, con un solo rápido movimiento.

Nos observó, todavía enrojecido, sonriente, demostrándose satisfecho por la exhibición dada; y detuvo la pista que aún sonaba.

–Bueno, mi gente, así toca, así es la vida... Rapeando es que me defiendo –miró hacia atrás al escuchar que un nuevo pasajero se subía–; espero que les haya gustado, que puedan valorar mi trabajo, no es fácil vivir de la música en este medio... Cualquier ayuda, cualquier colaboración, mi gente...

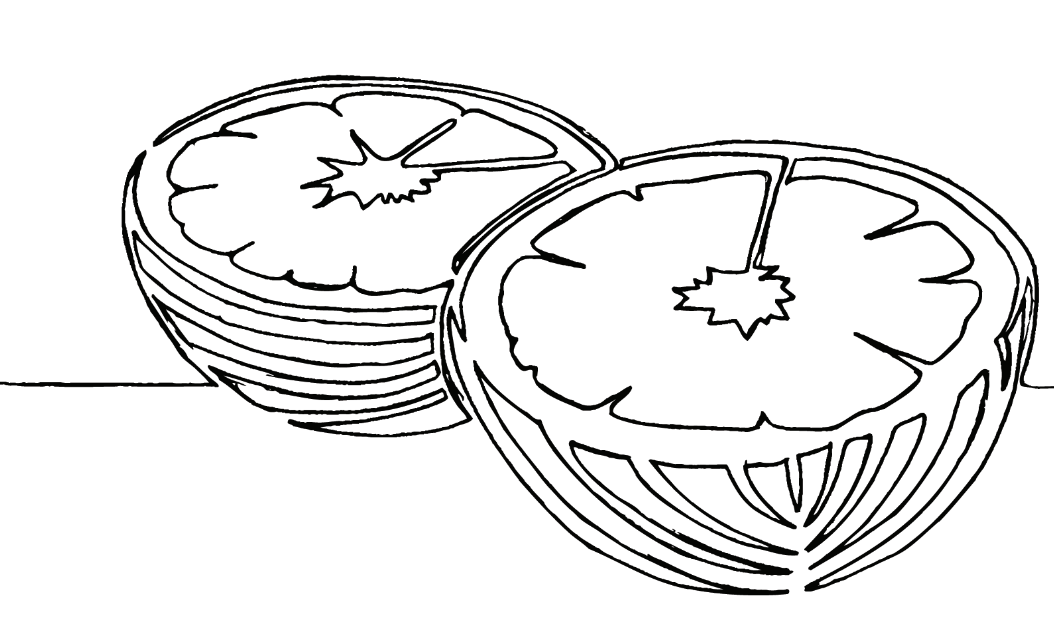
Pero algo había ocurrido. Los pasajeros –su público, su *gente*– lo miraban con ojos desaprobatorios; se podía percibir allí, dentro del bus, un denso aire de

enfado generalizado. El joven rapero, al parecer, también lo percibió, así que no insistió mucho más y, cabizbajo, fue pasando puesto por puesto, hasta llegar a la puerta trasera del bus. Yo no le di plata; no porque me hubiera disgustado su espectáculo. Lo que pasa es que nunca le doy plata a nadie en el bus; pocas veces he comprado alguna chuchería; y limosnas o caridades no doy, desde hace muchos años.

De los demás pasajeros, ninguno le dio ni una moneda; tal vez por razones similares a las mías; o, tal vez, por lo que dijo la señora sentada detrás mío cuando el rapero pasó a su lado: «Así no se le habla a una madre».

El joven rapero se bajó del bus poco después de que pasáramos la calle 45. Yo me bajé en la 34; y de camino a Profamilia, donde tenía acordado encontrarme con Adriana, mi Adri, me fui musitando, cual letanía: «Si no tienes plata, y te da por tener hijos, tombos te lo vuelven».

Vitamina C



Al salir de la casa, Brayan Leonardo vio la silueta de su medio hermano menor Yéison, subiendo por la calle, con paso un poco descuadernado, aunque estable y firme, la cabeza gacha, una mano en el bolsillo de la chaqueta, la otra llevando un vaso grande de jugo de naranja a medio tomar. Eran casi las seis de la mañana. Faltaban aún algunos minutos para que el sol alumbrara esa parte de la ciudad, cerros surorientales, barrio Altamira, localidad cuarta.

–Buenos días –le dijo Brayan al tenerlo cerca–; qué detalle guardarme jugo... y preciso cuando se acabaron las naranjas en la casa...

–Mañana voy a comprar más –respondió Yéison, evidenciando con su tono el estado en el que venía; y apenas mirando

a Brayan, estiró su brazo para ofrecerle el vaso que llevaba, como lo más normal.

Brayan recibió el vaso, bebió un sorbo, lo degustó, rio y dijo:

–Yo creí que esto venía con algo más.

–Lo acabo de comprar a la señora de más abajo –señaló torpemente hacia atrás, sin girar el cuerpo–; bajó bandera conmigo... Y exprime a mano... Se le fueron como cuatro naranjas en ese vaso... Es que hay naranjas que, por más bonitas y caras que se vean, no salen jugosas...

–Vaya y acuéstese, Yéison –habló Brayan, cariñosamente, devolviéndole el vaso–; termínese el juguito y va y se duerme, que se le nota que viene exprimido.

–¿Exprimido? ¡Ojalá! –exclamó mirando a su hermano.

–Vaya y descanse, Yéison; luego me cuenta cómo le fue...

–¿Para qué contarle después? ¿Pa que me haga creer que esto no me está doliendo? –sacó la mano del bolsillo y se tocó el pecho– No, bro; si le cuento, le cuento ya mismo... o si no, sabrá quedarse con la duda.

–Pero es que tengo que irme, parce. Yo sé que le está doliendo; pero a veces es mejor no respirar por la herida. Vaya y duerma. Yo le gasto caldo cuando vuelva.

Pesadamente, Yéison caminó hacia su hermano, hasta tenerlo muy cerca. Bebió lo que quedaba de jugo, arrojó lejos el vaso vacío y, como quien se deja caer a un abismo, abrazó a Leonardo, rompiendo en tenue llanto de borracho, sin dejar de musitar:

—Es una malparida, es una malparida...
—Parce, Yéison, no se ponga así —habló Brayan abrazando a su hermano—; unas salen dulces, otras amargas...
—Es una malparida, bro, una malparida. A ella no la parieron, a ella la cagaron...
—Cálmese, parce, cálmese. Agradezca que ya se dio cuenta. Lo importante es eso. No le dé tantas vueltas. Límpiese el zapato y siga, no se hunda...
Permanecieron abrazados durante un rato. Poco a poco el sol salía, iluminando la ciudad de occidente a oriente, anunciando un nuevo día en Bogotá.
—Yéison, en serio, parce, no es por joder, me tengo que ir. Pille que ya voy tarde, usted necesita descansar. Duerma y verá que...
—Parce, bro —dijo Yéison, soltándose del abrazo con violencia—, ¿usted cree que yo estoy ahorita como pa dormir? Yo lo que quiero es seguir tomando, así me toque esperar a que abran alguna tienda; y si no le cuento a usted, me consigo a quien contarle... Y si tiene que irse, pues váyase, que yo me sé cuidar solo...
Brayan suspiró.
—Si quiere me cuenta bajando. Acompáñeme hasta la parada del alimentador; y por el camino, si le da sed, le gasto un jugo, para que se emborrache con naranja...
—Está bien —masculló Yéison—, pero espérese voy al baño, que vengo haciendo gárgaras...
—Hágale, yo lo espero.

Al entrar al baño de la casa, Yéison hizo lo que iba a hacer, para luego lavarse un poco la cara y mirarse al espejo, sintiéndose feo; o, más que feo, despreciado por la belleza.

Salió, con paso aún torpe pero tranquilo. Su hermano seguía allí.

–¿Se acuerda que yo hace poco le hablé de Sofía, Laura Sofía?

–¿La gomelita que le compra jugos todas las mañanas a la entrada de la Nacho? –Yéison asintió– ¿Ella es la que lo dejó así? –Yéison asintió otra vez– No me vaya a decir que se enamoró –Yéison agachó la cabeza–; me extraña, parce. Usted, que tiene una hija, que todavía puede volver a organizarse con Carmela, ¿y se le van a ir los ojos por una gomelita de la Nacho?

–Es que yo creí... Yo creí que le gustaba, que era alguien para ella...

Se detuvieron junto a un modesto puesto en el que una señora vendía jugo de naranja.

–Buenas, vecina –habló Yéison–, me regala otro juguito.

–¿De mil o de mil quinientos?

–Dos de mil quinientos –respondió Brayan Leonardo.

Mientras la mujer preparaba los jugos, el par de hermanos guardaron silencio. Brayan y Yéison eran hijos del mismo padre –llamado Agustín–, pero no de la misma madre. Brayan había nacido y crecido en el Valle del Cauca. Agustín conoció a su mamá de paso, al detenerse con

su camión de carga en un pueblito entre Tuluá y Buga. Bastó un solo encuentro para dejarla embarazada; y le tomó a Yuli -madre de Brayan- más de una década volver a encontrar al padre de su hijo que, para ese entonces, tenía unos trece años, cursaba bachillerato y trabajaba en una tienda para colaborarle a su mamá. Por otro lado, a Alicia -madre de Yéison-, Agustín la conoció desde el colegio; pero solo fue hasta años después de graduarse -cuando Agustín ya hacía planes de comprarse su propio camión-, que empezaron a salir, a verse con frecuencia. Hasta que Alicia quedó embarazada y Agustín dijo que respondería, pero que eso le implicaría trabajar más, hacer más rutas, permanecer más tiempo lejos de la ciudad. Así fue desde entonces. Pocas veces al año vio Yéison a su padre, mientras creció. Fue criado por su mamá y por su abuela; y fue hijo único hasta poco antes de cumplir los dieciséis, cuando se enteró que tenía otro hermano, mayor que él unos dos años, nacido de la unión de su papá con una mujer valluna; que ya se había graduado del colegio y que vendría a vivir a Bogotá, a su casa, para poder estudiar en la capital.

Terminados de preparar, la señora entregó un jugo a cada hermano. Brayan pagó, recibió las vueltas, agradeció y dijo:

-Pero algo bueno habrá tenido conocerla, ¿no? -bebió un primer sorbo- ¿Acaso no fue por ella que se puso a vender más cosas, no solo jugos? ¿Esa no fue a la

que un día usted le consiguió un agua de canela?

—Sí, sí, esa misma. Yo por ella empecé a vender aguas aromáticas, galletas y hasta chocolatinas Jet...

—Oiga, pero todavía no me ha contado qué lo trajo tan destartalado. Ya me dijo por quién es que está como está, pero no me ha dicho qué fue lo que le hicieron.

—A ver, ¿por dónde arranco? La semana pasada, el jueves, me encontré a Sofía en el centro, en la Candelaria. Yo venía del Rocío e iba pa San Victorino, a cotizar unos vasos plásticos. Ella iba con una amiga y un amigo, ambos de la universidad, como de su misma edad.

—¿Y cuántos años tiene ella?

—Hasta anoche, yo creía que tenía mi edad, unos veintitrés, tal vez veintidós o veinticuatro, pero por ahí; y anoche, en la fiesta, un man me confirmó que acaba de cumplir diecinueve.

—¿Y qué andaban haciendo en el centro?

—Me dijeron que venían de la Luis Ángel; o del Juan Valdés; o del García Márquez. No sé, no me acuerdo y no importa. El caso es que me saludó con una amabilidad que no le conocía; me presentó como "el hombre de sus jugos de naranja". No supe si eso era bueno o malo; pero sus acompañantes me miraron como admirados, como si yo fuera responsable de algo más importante que el jugo de naranja de cada mañana.

—Les habrá hablado de usted, ¿no?

—Sí, sí. Les contó, por ejemplo, lo del agua de canela y los cólicos; y a mí eso

me sonó como si yo fuera un héroe para ella...

—Y usted se llenó de fe en la causa, ¿no? —lo interrumpió Brayan, soltando una sonora carcajada— No me crea tan héroe, parce...

—Si ve, señora —se quejó Yéison ante la mujer del puesto—, si ve cómo es la gente. Uno contándole severa historia tan triste, y él partido de la risa. Menos mal es mi hermano...

La señora se encogió de hombros, no dijo nada, pero una sutil sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—Luego —retomó Yéison—, les dio dizque por que fuéramos a tomar café al Oma de la 19. Yo dije que no tenía plata, que llevaba no más lo del bus; y entonces van y me dicen: «Tranquilo, esta vez nosotros te cubrimos»...

—¿Y quién terminó pagando la cuenta?

—Entre ellos tres. Cada uno puso diez lucas. ¡Todo salió por treinta! Y ni que hubiéramos almorzado allá...

—Pero me imagino que lo más importante no fue la cuenta, ¿no? Se habrán coqueteado...

—Sí, sí. Además, fue ahí que me invitaron a la fiesta de cumpleaños de un amigo de ellos, la fiesta de anoche...

—¿Y por qué se les ocurrió hacer la fiesta un martes y no un viernes o un sábado?

—Supongo que porque hoy no tienen que madrugar. No sé. Ayer era el día del cumpleaños y no se iban a aguantar hasta el fin de semana.

–Por cierto, yo pensaba que usted hoy iba a salir a trabajar.

–Por un día que falte –respondió Yéison– mis clientes no me van a extrañar mucho. Además, ya perdí mi mejor cliente.

Brayan bebió de un sorbo lo que le quedaba de jugo, miró la hora y le preguntó a Yéison si tenía hambre. «Un poco», respondió, recordando que llevaba casi doce horas sin comer.

–¿Va para la universidad? –preguntó Yéison.

–A clase de siete ya no llegué. ¿Se toma un caldo?

–Ahorita; quisiera tomarme un tinto primero, que tengo más sueño que hambre –se giró hacia la señora y preguntó–: ¿Tiene tinto? Regáleme dos –miró a su hermano–; todo bien que estos los pago yo –sacó un billete de mil, recibió las dos tazas plásticas verdes llenas de café hirviendo; recibió luego los doscientos de vueltas, agradeció y repuso–: anoche empezamos tomando cerveza y una caja de guaro del verde; y una media de ron, pero de esa no me tomé sino una copa, o tal vez dos, pero no más.

–No fue tanto.

–Es que ahí se acabó el trago y tocó salir a comprar más. Entonces hicimos una vaca; yo fui quien recogió la plata y salí con dos amigos de Sofía a un Carulla cercano. Juntamos unas setenta lucas; y compramos mucho trago: una paca de pola, otra caja de guaro, otra media de ron; pero, cuando iba a pagar, uno de los

manes dijo que él pagaba todo con tarjeta y que recibía lo de la vaca...

—¿Y usted cuánto le entregó?

—Le di cuarenta y cinco; y el man no dijo nada. Hasta le pareció que le estaba dando mucho, y me devolvió cinco...

—Con razón no va a salir a trabajar hoy —dijo Brayan, a lo que Yéison sonrió.

—No todo fueron pérdidas —repuso Yéison, dándole un sorbo corto y sonoro a su café.

—¿Y qué fue lo que perdió? No perdió nada; todo lo contrario: descubrió que esa niña no es pa usted, ¿no? Eso también es ganancia, no va a seguir con ese embobe...

—Vecina, ¿tiene cigarrillos? —preguntó Yéison, a lo que la señora del puesto de jugos asintió— ¿De cuáles tiene? Regáleme uno de esos, uno azul.

—Tan temprano y ya fumando —rezongó Brayan.

—Pa mí todavía es ayer, todavía es de noche —se defendió Yéison.

Yéison le aprendió el gusto por el cigarrillo a su papá. El primero que se fumaron juntos fue cuando Agustín le contó de la existencia de Brayan Leonardo. Por aquel entonces, Brayan no le despertaba mucha confianza. Además de ser competencia, era un aparecido de la nada que iba a vivir en su casa, sin conocer la ciudad; y, por su edad, se convertía tácitamente en el hombre de la casa, estando Agustín como de costumbre siempre ausente. Tuvieron que pasar años antes de que lograran

sentirse hermanos. Las cosas cambiaron cuando Carmela quedó embarazada. Fue a Brayan a quien primero le contó que iba a ser papá, antes que a su mamá. Fue de él de quien escuchó el primer consejo: Téngalo.

Al nacer Guadalupe, Brayan pasó a ser el tío Leo, como le empezó a decir Carmela –y, con ella, Guadalupe más adelante, además de mucha otra gente, salvo Yéison, que siguió llamándolo 'bro'–; legítimamente se ganó tal título por todo lo que hizo y puso durante el embarazo de Carmela. Incluso, en tres ocasiones, Brayan la hizo pasar por su pareja, para que apareciera como beneficiaria de su seguridad social y así pudieran atenderla.

Yéison y Brayan se sentaron en el borde de un andén alto, ambos mirando al frente, con una amplia vista de la ciudad ante ellos.

–¿Ya se le pasó la borrachera?

–Es que yo no estoy borracho, estoy emputado. Me invita a una fiesta pa demostrarle a los amiguitos que conoce gente de las clases populares; y después, ¿sabe qué hace? Llevábamos como dos polas y me pregunta que si quiero fumar bareta; casi le digo que sí, pero yo estaba allá solo, rodeado de extraños. Entonces la dejé alejarse, me quedé con otra gente mientras ella se iba al balcón a fumar allá.

–¿Pero usted qué quiere? –lo interrumpió Brayan– A mí me parece bastante normal que una culicagada de diecinueve años le dé por fumar bareta en una fiesta, ¿no?

–Es que ese no es el problema. Yo vi que se fue a fumar con otra amiga, Verónica, también muy bonita. Y pasó tiempo; y cuando me estaba terminando la tercera pola, me dio por asomarme al balcón; y ahí estaba, dándose besos con la amiguita...

–¿Y no se les pegó?

–¡Qué me les iba a pegar! –exclamó, escupiendo humo– Se notaba a leguas que no necesitaban a nadie más... yo no era sino otro de sus admiradores...

–Ya, parce, cálmese, era una broma. Piense que por lo menos lo cambiaron por una vieja buena y no por uno de esos amiguitos.

Yéison se puso de pie, ofendido. Le dio una última calada al cigarrillo y lo arrojó lejos.

–¡Usted no entiende, ¿no?! Pa usted todo esto es un chiste. Como no fue a usted al que lo presentaron como quien presenta un perrito recogido de la calle –respiró alterado–; y luego va y me dice: «Qué bueno que hayas venido». Malparida...

–Yo no sé si le he entendido –dijo Brayan tras suspirar–; pero a mí lo que me parece es que usted solito se montó una película. Se creyó la telenovela y se imaginó que por usted esa pelada iba a dejar de ser lo que es. Eso es lo que lo emputó, que no lo valoraran, que no se dieran cuenta de quién es usted.

Algo iba a contestar Yéison, pero se contuvo. Se sentó nuevamente junto a su hermano y permaneció un rato en silencio, haciendo mala cara.

—¿Sabe que es lo que más me tiene emputado? —habló con las mandíbulas apretadas— Esa maña de creer que porque tienen plata pueden tratar a la gente como se les dé la puta gana... Como si uno fuera un canal de televisión... Todo lo merecen, es que todo lo merecen... ¿o por qué hijueputas me invitó a la fiesta? Pa tener otro güevón detrás, chorreando la baba por ella, mientras se besuqueaba con la amiguita... ¿Sabe que me dijo el man que pagó el trago, cuando yo le conté? Va y me dice: «Bienvenido al club». ¿¡Ah!?

Brayan no pudo evitar reírse.

—Eso le pasa por no quererse, parce. ¿De cuándo acá esa peladita se volvió tan importante en su vida? ¿O es que ella es la única persona que le compra lo que usted vende? No le dé tanta importancia. Esta ciudad —hizo un gesto amplio, abarcando el panorama que tenían ante ellos— está llena de gente como esa niña. Todas quieren afecto, quieren compañía, quieren cariño, quieren ser siempre el centro, la protagonista de la película. Y, pa completar, esta ciudad también está llena de manes como usted, que se comen ese cuento y les siguen la corriente pa ver si algún día se los da. No me vaya a decir que no. Pero entonces, le repito la pregunta: ¿Usted qué quiere?

Antes de que Yéison pudiera responder, sonó su teléfono celular. Miró la pantallita y contestó:

—Aló. Hola, Carmela... En mi casa... Bueno, bueno, no en mi casa, sino cerca, hablando

con mi hermano... ¿Qué pasó?... ¿Y todavía tiene fiebre?... Menos mal... Sí, yo también he estado un poco maluco últimamente... Yo creo que ahorita me voy a acostar un rato, que no me siento de salud como pa ir a trabajar hoy... Sí, sí... Yo creo... Yo llamo después, para que me cuentes cómo va todo... Bueno, bueno, sí, sí, hasta luego, saludes –y colgó.

–Yo me voy pa la universidad –habló Brayan poniéndose de pie–, hablamos.

–¡Espérese! ¿No que íbamos a desayunar? Si quiere yo gasto el caldo...

–Ya desayuné, gracias –dijo, sin detener sus pasos.

–¡Espérese! –insistió Yéison yendo tras él– ¿Qué le pasó? No se vaya...

Yéison le dio alcance y trató de detenerlo tomando su hombro; y Brayan se detuvo, enseñó su rostro encendido y, con un tono más valluno que rolo, le dijo a su hermano:

–Vos no te das cuenta, ¿no? Te ponés a llorar porque una gomelita que te gustó no te paró ni bolas. Y tenés una hija, que te quiere, que es divina, y vos te hacés el güevón, porque claro, aquí la única víctima sos vos, ¿no? ¿Cómo fue que dijiste ahorita: yo también ando maluco? Maluco andás, pero del corazón...

–¿Qué le pasa? –rugió Yéison, empujando a Brayan– ¿Por qué me dice eso?

–¡Porque vos no estás emputado! ¡Vos lo que estás es llenecito de envidia! A vos lo que te duele es no ser de ese mundo, no poder ser como ella y tener plata y

tratar a la gente como a vos se te dé la puta gana, porque te da vergüenza lo que sos, te da vergüenza tu familia... ¡Andate! Ve a buscar otra gente que te consuele, que te entienda, que yo ya cumplí –y dicho esto, empezó a caminar con renovados ímpetus.

Yéison tardó un par de segundos en reaccionar. Golpes habían sido las palabras de Brayan Leonardo. Se sacudió y fue detrás de su hermano. La conversación no debía de terminar así.

–¡Pérese, bro! ¿Qué quiere que yo haga? Pasé derecho, estoy mamado. No me voy a ir ahorita hasta Santa Lucía solo porque a Guadalupe le dio fiebre anoche...

Brayan se detuvo. Su rostro aún encendido, su mirada afilada.

–Pero si ahorita lo hubiera llamado su gomelita pidiéndole que fuera a Chapinero, ahí sí iba, ¿no? ¿Usted qué tipo de padre es? ¡Ah! Ya sé. Usted salió igualito a Agustín: embaraza una vieja y se hace la víctima después y se abre, ¿no?

Al escucharlo, Yéison apretó los puños, pero contuvo el golpe que hubiera querido dar. Sus ojos se encharcaron, de ira, de dolor, de verdad.

–¡¿Pero entonces qué quiere que haga?!

–¿También eso le tengo que decir? Si quiere, pa que vaya y descanse, voy yo y miro cómo está su hija. Y no se preocupe, que a fin de cuentas como ese no es asunto suyo, como esa hija es de Carmela y...

–¡Ya cállese! –bramó Yéison, lanzando manotazos al aire.

Brayan dio medio vuelta y siguió caminando. Una vez más, Yéison tardó en reaccionar unos segundos, para luego ir tras él. Le dio alcance, lo tomó con fuerza del hombro y le dijo:

–Bro, no se vaya. Ayúdeme. ¿Qué hago?

–Usted sabe qué es lo que tiene que hacer. Llámela, dígale que sale para allá... ¿o es que no tiene pal bus?

–Tengo pal bus, pero no tengo minutos.

Con un solo movimiento, Brayan sacó el celular del bolsillo y se lo ofreció.

–Tome, llámela, no saque más excusas.

Yéison recibió el aparato y lo observó un par de segundos, quizás a la espera de alguna señal. No la hubo. Lo desbloqueó, marcó los diez dígitos del teléfono de Carmela y le dio SEND.

–Que conste que lo hago por...

–A mí no me diga nada –gruñó Brayan–; si lo hace es por la niña y punto.

–Aló, aló, ¿Carmela? Sí, sí, con él. ¿Cómo estás?... Bien, bien, mejor, ya mejor... Es que... Mira... Yo podría pasar más tarde, en un rato... Sí... Pero primero me tendría que bañar y comer algo... Sí, es que no he desayunado... Sí... ¿Cómo? Ah, pues, también podría ser... Sí, sí... y de paso también podría bañarme allá, ¿no? –Yéison miró a Brayan y con la mano libre señaló el teléfono como señalando a Carmela– Sí, pues saldría de una vez entonces... No, no, no, él tiene otras cosas que hacer, está muy ocupado... Sí, la universidad... Listo, yo le digo –miró a Brayan y susurró: «Que saludes», a lo que Brayan respondió:

«Lo mismo»–; que lo mismo, manda a decir. Entonces... Listo... Ya nos vemos, hasta luego, chao, chao –y colgó.

Yéison le devolvió el celular a Brayan, sin evitar decir:

–¿Ya está contento?

–Contento estaría –habló Brayan, muy serio– si yo tuviera una hija como Guadalupe.

–Ay, ya, bro. ¿Cuál es su gana de hacerme sentir mal?

–¿Qué le dijo?

–Que podía ir a desayunar allá... y bañarme también.

–Ah, bueno, muy bien –dijo Brayan; y comenzó a caminar hacia un supermercado de barrio que había en la esquina de la cuadra. Yéison lo siguió y lo vio agarrar una bolsa plástica, empacar en ella unas ocho o nueve naranjas, caminar hasta la caja y pagar. Salió de la tienda y, como lo más normal, le entregó a Yéison la bolsa.

–Pa que les lleve vitamina C –dijo al dársela. Yéison, aún un poco sorprendido, recibió la bolsa y siguió a su hermano loma abajo.

–Gracias, bro –habló al cabo de unos pasos–; ya sé por qué se llama vitamina C –Brayan lo miró–: C de Cariño, C de Calor, C de compañía...

–C de Corazón, parce; y de Cerebro –y dicho esto, señaló con un gesto el bus verde que apareció en la cuadra de abajo–; y de Corra, que nos dejó el alimentador.

Noche fantasma



Noche fantasma

Ese jueves quedé en verme con dos amigos de tiempos universitarios, a quienes llevaba al menos tres años sin ver. Acordamos encontrarnos en un café bar llamado Saja, ubicado en el costado norte de la calle 45, dos cuadras arriba de la carrera 30. Elegimos ese lugar llevados por la nostalgia de otros tiempos, cuando éramos estudiantes de la Nacho y creíamos merecerlo todo.

Fui el segundo en llegar, pasados algunos minutos después de las siete y media de la noche, tras tres cuartos de hora en bus. El primero en llegar fue Pablo, momentos antes que yo. Faltando un cuarto para las ocho –Pablo y yo ya sentados en una mesa del primer piso, decidiendo qué ordenar–, arribó Hugo, sonriente y fatigado, con la corbata aún puesta y el pelo

más escaso de lo que lo recordaba. Tras abrazarnos, tomó asiento y sentenció:

—Yo invito la primera ronda, si todos tomamos cerveza.

Hubo consenso inmediato. Todos pedimos Club Colombia, cada uno de un color diferente: Pablo pidió una negra, Hugo una roja y yo una dorada.

—Parecemos la bandera alemana —bromeó Pablo.

Lo primero fue mirarnos, reconocernos. Llevábamos más de diez años de conocernos, desde cuando fuimos primíparos. Hugo, además de la creciente escasez de pelo sobre su cráneo, se veía ligeramente gordo, con algunas canas —pocas— en las patillas; cuán diferente de aquel muchacho metalero de finales de los 90, de larguísimo pelo lacio, botas altas, siempre vestido de negro. Pablo, barbado frondosamente, el pelo muy crespo, generoso y abundante, gafas de lente grueso, muy grueso, con marco blanco y cuadrado. Lo primero que me dijo —antes de que llegara Hugo— fue que, días atrás, se había enterado de que su compañera tendría un hijo suyo. Se lo veía feliz, finalmente.

De mí dijeron que estaba igualito, que parecía como si a mí no me pasaran los años: ni calvicie ni barriga ni compañera ni, mucho menos, hijas o hijos; y todavía viviendo en la casa de mis papás. Igualito, aunque con cierta cara como de cansancio o enojo.

Llegadas las cervezas a la mesa brindamos, brindamos como en aquellas lejanas tardes, tras haber jugado micro

hasta quedar exhaustos, decididos luego a emborracharnos salvajemente para que tanto exceso de deporte no nos fuera a sentar mal. Brindamos, decía, y fue como si durante unos segundos nada hubiera cambiado, ni en el mundo ni en nosotros; y empezamos a hablar, de vieja gente conocida, examigos, excompañeros, exnovias, docentes, fiestas, partidos memorables de micro, profundos amores y uno que otro rencor que aún se guardaba o que ya se había olvidado.

En esos temas se nos fueron dos cervezas. Aún animados, decidimos pedir una tercera ronda, la de *p'irnos*, sabiendo tácitamente que podía ser, más bien, la de para quedarnos, quedarnos tomando, como solía ser antes. Aunque, curiosamente, no llevábamos más de dos sorbos de la tercera cerveza, cuando la conversación se apagó. Quedamos en silencio, desocupados, sin más palabras que compartir. Duramos así un par de minutos, haciendo como que escuchábamos la música del fondo, como si contempláramos el lugar en el que estábamos. Yo me fijé en la puerta; me pareció ver una silueta mirándonos; pero tras fijarme mejor, noté que no era más que la sombra de un árbol junto a la entrada.

De pronto, se me ocurrió decir:

–Nosotros, que yo me acuerde, nunca hemos hablado de fantasmas ni de espantos; ¿o ustedes se acuerdan de alguna vez?

Ambos negaron con la cabeza.

–Aunque no es lo mismo espantos que fantasmas –reparó Pablo–; en el Ministe-

rio, donde yo trabajo, a los espantos los perseguimos, mientras que a los fantasmas los beneficiamos -y tras decir esto, sin que ni Hugo ni yo entendiéramos de qué estaba hablando, rio ahogadamente, encogiendo los hombros y bajando la cabeza.

-Este sigue estando más loco que una cabra con balaca -dijo Hugo, contagiándome su risa.

Tras la risa, insistí:

-Hugo, ¿a usted nunca le ha ocurrido algo con fantasmas, con espantos?

Hugo nos miró con gravedad, la cabeza un poco ladeada, y dijo solemnemente:

-Cada vez que la plata falta, mi casa se llena de espantos y fantasmas.

-A mí sí me pasó una vez -hablé, después de la risa, tras beber un sorbo-, hace poco más de una década, cuando estaba en Once, en el colegio, allá en Suba. Yo tenía unos dieciocho años. Me acuerdo que era jueves, como hoy, pero del año 2002 o 2003. En ese tiempo, estudiaba en la jornada mañana; pero la mayoría de mis amigos eran de la jornada tarde, con lo que era bastante habitual para mí irlos a buscar a las seis y cuarto de la tarde, cuando quedaban libres. Ese jueves salí muy temprano de mi casa rumbo al colegio; y llegué a la plaza, la plaza fundacional, la de Suba, donde queda la iglesia y la alcaldía; en ese tiempo, la puerta del colegio daba a esa plaza. Ese jueves llegué casi una hora antes de que salieran, así que me senté en un banco y, mansamente, me puse a esperar que el tiempo pasara. Estaba ahí

sentado cuando, de pronto, se me acercó una muchacha, una joven, le calculo unos dieciséis años, con uniforme escolar: saco verde y falda blanca con rayas, como el del Gerardo Paredes o el del Alberto Lleras, colegios también de la localidad. Con cierta timidez, se me acercó y me preguntó si sabía dónde quedaba el colegio Tuna Alta. Le di algunas indicaciones; pero no solo me di cuenta de que ella poco o nada entendía lo que le estaba tratando de explicar, sino que también me fui fijando en ella, que fea no era, todo lo contrario; era de largo cabello oscuro un poco rizado, rostro sonriente, ojos color panela; y un par de teticas bien puestas, enfundadas en una sugestiva blusa escolar. Me decidí a acompañarla, a lo que ella no opuso ninguna resistencia, es más, se mostró agradecida y contenta. No sé si ustedes sepan dónde queda Tuna Alta -ambos negaron con la cabeza- ¿Ustedes saben dónde queda la plaza fundacional de Suba? -ambos asintieron- Pues estando ahí, uno sube por una calle que no es la que va hacia el Mirador de los Nevados, hacia Casablanca, sino hacia el norte; no hacia la avenida Suba, sino en sentido opuesto, ¿sí saben por dónde? -ambos se miraron sin responder- Bueno, no importa; lo importante es que sepan que subimos a Tuna Alta por una calle en constante ascenso, con muchos árboles y pocas casas. Y mientras íbamos caminando y charlando, fue oscureciendo, cayendo la tarde...

–¿Y de qué habló con la muchacha? –preguntó Hugo.

–No me acuerdo mucho. Me acuerdo que tenía una voz muy bonita. Recuerdo que me dijo que se notaba que yo era un hombre amable, una buena persona...

–Pero eso sería en ese tiempo –bromeó Pablo.

–Es posible –continué–; y también me dijo que tenía que subir a Tuna Alta a encontrarse con una señora; y que le había dicho que se verían en la puerta de la sede principal del colegio que queda allá, que ahora se llama Veintiún Ángeles; pero que en ese tiempo estaba en remodelación, por lo cual, en esa época, esa sede no estaba en funcionamiento. Cuando llegamos a ese punto, ella me dio las gracias y se despidió de mí con un coqueto beso en la mejilla. Por ese beso, pese a que ya había empezado a oscurecer, decidí acompañarla un rato más, por lo menos para quedarme con la tranquilidad de que no se quedaba sola, a esa hora, en esa zona. Nos sentamos en un banco de cemento que había cerca a la puerta del colegio, con una tienda abierta a unos ocho o diez metros, cuya luz ya estaba encendida.

»No recuerdo exactamente –proseguí, tras humedecer mi boca– cuánto tiempo estuve allí, con ella sentada a mi lado. Me acuerdo que, quizás entusiasmado por ese beso en la mejilla, me puse a hablar y a hablar y a hablar, básicamente de mí, de lo que me gustaba hacer, de lo que

soñaba llegar a ser, de mis triunfos y conquistas, de mis dudas e inquietudes. En un momento dado, sin dejar de hablar y hablar, vi que de la tienda salía un hombre de unos treinta años; vi que ese hombre se quedaba mirándome; y luego, se tapaba la boca, para esconder la risa. Eso fue lo que vi; giré mi rostro para preguntarle a ella –cuyo nombre no le pregunté– si también había visto al hombre mirarnos y reírse. Pero ella no estaba, no estaba ya allí, donde estaba, sentada a mí lado, a menos de un palmo de distancia entre su pierna y la mía. Desapareció... Pero eso no fue todo: al notar que no estaba a mi lado, pegué un brinco, empecé a mirar hacia todas partes buscando su silueta en algún lugar; y lo único que vi fue al hombre volver a entrar a la tienda. Así que hacia allí me dirigí, resuelto; algo debía haber visto ese tipo que yo no vi. Entré y, sin saludar, le pregunté al hombre y al tendero si habían visto una joven de pelo largo, con uniforme escolar de saco verde y falda blanca a rayas. Ambos se miraron compartiendo cierta sorna; hasta que el tendero, como quien le habla a un bobo, me respondió: «No, no la hemos visto; pero no se preocupe, que tan pronto la veamos, le diremos que usted la anda buscando». Tal respuesta me ofendió; me hizo sentirme tratado como tarado...

–¿Y dónde estaba la muchacha? –me interrumpió Hugo.

–Espere que no he terminado. Salí de la tienda refunfuñando y un poco asustado;

y no había dado cinco pasos cuando, de repente, me tropecé con una señora, una viejita de ropas oscuras que, sin saludarme, atenazó con su manita mi antebrazo y me dijo: «Joven, ¿usted no ha visto por acá a una muchacha como de su edad, en uniforme de colegio, saco verde...?». Yo me solté como pude de la anciana, muy asustado; y le respondí que no, que no había visto a nadie. Salí corriendo, loma abajo, por la callecita oscura, de muchos árboles y pocas casas...

—Pero, ¿y la muchacha? —insistió Hugo.

—No sé —respondí—; nunca más la volví a ver. Es más: esta es la primera vez que le cuento esta historia a alguien, porque fue muy rara —bebí un largo sorbo—; y se me olvidó contar algo: cuando llegué de vuelta a la plaza fundacional, no encontré a mis amigos porque ya se habían ido. ¡Eran las nueve de la noche! Algo imposible, porque de la Plaza a Tuna Alta, caminando, son veinte minutos, como máximo media hora. Y me acuerdo muy bien que eran poco más de las cinco y media de la tarde cuando salí con ella rumbo Tumba... digo, Tuna Alta; y allá arriba, no alcancé a estar más de quince o veinte minutos, con lo cual lo normal habría sido llegar a más tardar a las seis y media o faltando un cuarto para las siete; pero no a las nueve, que fue la hora a la que llegué...

—¿Y usted cree que esa muchacha era un fantasma? —inquirió Pablo.

—Eso o algo parecido —dije—; aunque fue hace muchos años, ya ni sé qué pensar.

—¡Las nueve y media! —exclamó Pablo tras mirar la pantalla del celular— Me tengo que ir, Mariana me está esperando.

Ni Hugo ni yo insistimos en quedarnos. Accedimos a seguir su ejemplo e irse cada quien para su casa. Pedimos la cuenta, cada uno pagó lo que le correspondía y salimos.

—Creo que esta es la primera que gastamos tanta plata en Saja —bromeó Pablo— y salimos tan sobrios.

Hugo salía rumbo a la estación de la Caracas con calle 45. Pablo tomaría también trasmilenio, pero por la carrera 30, rumbo sur. Yo, que iba para Suba, como de costumbre, podía ir por la Caracas o por la 30; pero decidí irme con Hugo, ya que Pablo estaba de afán y Hugo y yo aún teníamos ganas de charlar un rato. Lo que terminamos haciendo fue caminar hasta el puente peatonal de la 30 y separarnos allí de Pablo. Recuerdo que cuando llegamos al punto de separación, Hugo se despidió cariñosamente de Pablo, le deseó mucha suerte en su nueva vida como padre y dijo que estaba que se orinaba; y, sin más, dada por terminada su despedida, se alejó en busca de algún lugar oscuro en el que desocupar la vejiga.

Ausente Hugo, Pablo me preguntó:

—¿Y usted cómo interpreta el incidente con la muchacha de colegio?

—¿Cómo así, Pablo? No entiendo.

—Creo que está claro que fue una ensoñación, una mala pasada de su cerebro.

—¿Usted cree eso?

–No, no lo creo. Estoy convencido de ello; por eso le pregunto: ¿qué cree usted que esa joven simboliza en su vida?

–Sigo sin entender –respondí, un poco aturdido.

–Bueno, no importa. A mí me parece que esa "fantasma" –dibujó con sus dedos las comillas– simboliza, por una parte, la esperanza de compañía, el anhelo de encontrar con quien estar sin afanes; y por otra, considero que esa imagen debe corresponder, de alguna forma, puede ser por la edad, al recuerdo de una juventud perdida...

–Pues Pablo –balbucí, sintiéndome sacudido por sus palabras–, no sé qué decir –traté de concentrarme mirando al piso; y así, ligeramente agachado, hablé–: Nunca había tenido en cuenta la posibilidad de que todo eso hubiera sido una ensoñación, como usted la llamó, una mala pasada del cerebro. Para mí fue muy real, como usted y yo en este momento. Jamás creí que tal nivel de verosimilitud pudiera alcanzar una ensoñación; pero digamos que haya sido así, ¿qué puede significar? ¿Qué puede significar en mi vida la imagen de una colegiala que me lleva a Tuna Alta atado a su belleza, para luego dejarme solo, en penumbras, asustado, por más tiempo del que yo recuerdo que trascurriera? No sé, puede simbolizar muchas cosas: ilusiones, aventuras, decepciones, anhelos de amor, ganas de irme lejos con la primera desconocida que se anime a hablarme... No lo sé; sin embargo, sigo creyendo que –en ese

momento, levanté la cabeza y vi a Hugo haciéndome señas; terminé la frase de cualquier manera- no fue ninguna ensoñación -y sentí un fugaz y profundo pánico al ver que Pablo no estaba a mi lado; tampoco lo vi subiendo, atravesando o bajando el puente. Simplemente no estaba, se había esfumado.

-Camine, Lucho -dijo Hugo-; ¡Uy, hermano! No sabe lo que descansé. Eso me pasa por no orinar antes de salir del bar. Tenía la vejiga que me estallaba -siguió hablando, sin que yo fuera capaz de ponerle mucha atención. Me limité a seguirlo, con paso calmo pero intranquilo, sin dejar de mirarlo, sin perderlo un instante de vista, no fuera a esfumarse él también.

No tardamos en salir nuevamente a la calle 45. Todo debe haber sido una ensoñación, me repetía, afilado y burlón, encontrando en ello cierto consuelo, riéndome de mí, sin que el mundo en torno mío lo notara. Por su parte, Hugo empezó a hablar y a hablar, de mil asuntos y mil temas; planteaba preguntas y él mismo las iba respondiendo.

-Es que Luchito -hablaba-, ¿qué no hace uno por plata? Hace poco me pude levantar un palo de un día pal otro, que necesitaba urgente. ¿Sabe cómo hice? Práctica y buenos contactos -sonrió con malicia-; algo le enseñan a uno los años: si hay que levantar plata, de un día pal otro, o de una hora a otra, se hace, sin mancharse, sin dudarlo, que gente más torcida siempre va a haber...

Como dije, yo poco lo escuchaba. Me bastaba con verlo, saberlo allí, caminando a mi lado, rumbo a la Caracas. El trayecto se me hizo eterno; incluso, estuve tentado a considerar seriamente la posibilidad de dejarlo hablando solo. Me limité, repito, a mirarlo; y a decidir si contarle o no lo que me había acabado de pasar con Pablo –¿o debería decir con esa ensoñación?

–Le contaré a Hugo –decidí– la próxima vez que nos veamos.

Llegamos a la estación, Hugo me gastó el pasaje. La estación estaba aún congestionada, más de lo que yo esperaba. Hugo y yo nos despedimos; pero el tumulto impidió todo abrazo, todo apretón de manos. La multitud supo separarnos; y él se fue, se perdió entre la gente que, en su mayoría, era más alta que yo.

La ruta que me servía pasó al cabo de unos cuantos minutos de espera en estrechez. Logré subirme; tantos años de práctica sirven para algo. El bus se desocupó bastante en la estación de la 72; al llegar a la estación de Puente Largo, pude finalmente sentarme y dedicar algunos minutos más a pensar en todo aquello que había pasado en las últimas horas, mientras llegaba a La Campiña, última estación antes del Portal de Suba, en la que yo me bajaba.

Pensé. Pensé muchas cosas. Sobre todo, me quedó sonando la pregunta de Pablo: ¿usted cree que esa muchacha era un fantasma? La cabeza me daba vueltas, re-

volviéndose el alcohol ingerido con las difusas imágenes de aquella lejana experiencia en Tuna Alta.

Al llegar a la estación de La Campiña, me sorprendió ver que en ella hubiera todavía tanta gente, más siendo una estación poco concurrida. Me bajé por la puerta de la mitad del trasmilenio; y, de repente, una vez fuera del bus, me dio por mirar hacia mi derecha; y vi que una joven -de espaldas, no alcancé a contemplar su rostro- había subido al bus en el que yo iba, vestida con uniforme escolar, de saco verde y falda blanca a rayas. Quedé estupefacto. El pánico me paralizó. El bus cerró sus puertas, arrancó, se alejó y me impidió ir tras el rastro de la recién vista. Luego, escuché que alguien reía. Miré a mi alrededor y me pareció notar que la gente que me observaba aguantaba la risa.

Sacudí la cabeza, bufé y, sin más tardanza, encaminé mis pasos hacia la casa. Podría asegurar que, entre la gente que vi en aquella estación, estaba la anciana de oscuros ropajes, observándome sonriente.

Salí, caminé hasta el semáforo, pasé la calle y me adentré en el barrio. Llegué a la casa y mi mamá, al verme, me dijo:

-¿Qué se te quedó? Pensé que ibas a regresar más tarde.

Sonreí también; y no pude evitar sacar el celular para ver qué hora era. Lo primero que pensé fue que el reloj de mi teléfono se había dañado.

–¿Ya comiste? –habló mi mamá– Me imagino que no; y debes tener hambre. No te preocupes que en cinco minutos sirvo la comida –me miró–: Vas a comer con nosotros, ¿cierto?

Según mis cuentas, debían ser, por lo menos, las diez y media o las once de la noche.

–¿No han comido? –pregunté.

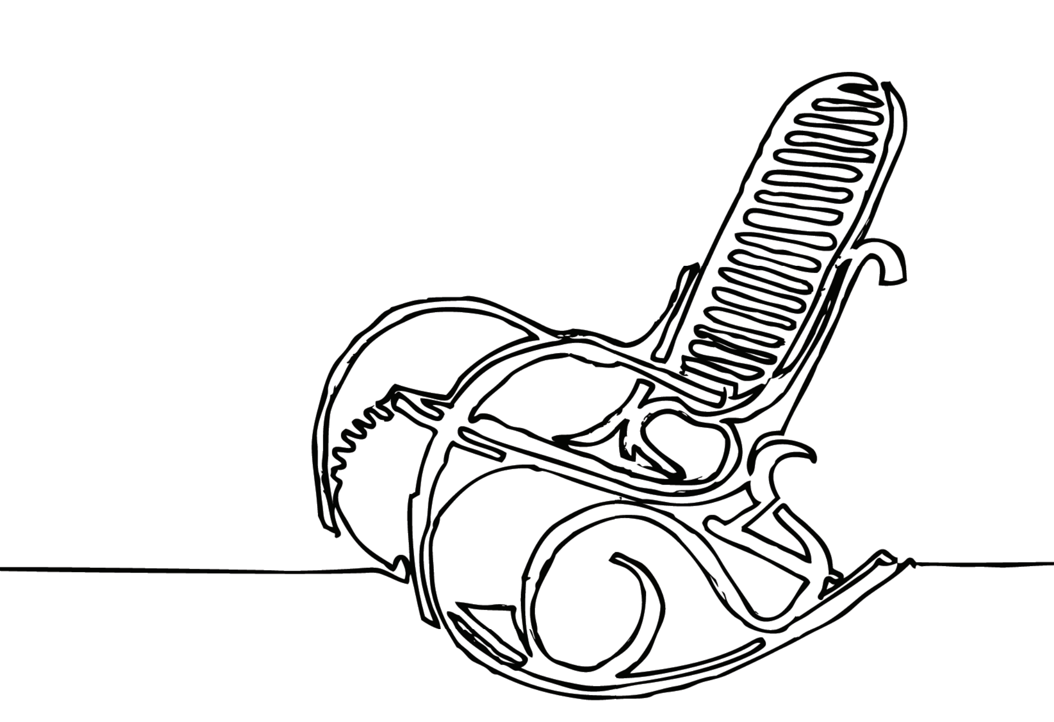
–No, tú sabes que a tu papá no le gusta que comamos tan temprano.

–¿Acaso qué hora es? –inquirí asustado.

Mi mamá me sonrió. Se acercó a mí, me tomó suavemente del antebrazo y dijo:

–Tienes razón. Ya es hora de comer. ¿Por qué tenemos que esperar a que den las ocho para servir?

Saliendo de Cali



Eran casi las ocho de la noche del segundo viernes de aquel enero, cuando llegué -en taxi- al terminal de buses de la ciudad de Cali. La salida de mi bus estaba prevista para las nueve y cuarto, según el tiquete que había comprado horas atrás. Así que, sabiendo que aún tenía tiempo, me senté en cualquier rincón y me puse a ver la gente pasar. No me sentí capaz de hacer ninguna otra cosa; no quise comprar nada, ni de comer ni de regalo. Solamente quería, a decir verdad, dejar de interactuar con el mundo; quería quedarme allí, solo, sentado en el piso, con la espalda apoyada en la pared, con la maleta junto a mí, como si tuviera un perro echado a mi lado.

Tenía cosas en las que pensar. Tenía imágenes que no podía dejar de recordar.

Estaba emprendiendo el viaje de regreso a mi ciudad. Me iba, me estaba yendo de Cali, después de haber estado allí durante casi un mes. Me iba sin haberle avisado a nadie, sin despedirme de nadie, ni siquiera de Magdalena, mujer por la que viajé a la capital del Valle, para compartir con ella mis vacaciones de fin de año.

Regresaba a mi ciudad; y allí sentado, solo, sentía ajeno todo aquello que me rodeaba, como si yo mismo me hubiera puesto, en la frente y en la mirada, la etiqueta de visitante. Ajeno a todo me sentía, allí sentado; y ni siquiera me dieron ganas de llorar ni de cubrirme la cara o los ojos. Me dejé estar blandamente, como el soldado que descansa sus heridas en el camino de vuelta al hogar.

Triste también estaba, hundido en las baldosas. Triste tras haberme dado cuenta de lo poco en serio que Magdalena me tomaba; porque la había visto con otro hombre, coincidencialmente, sin que ella se diera cuenta o percibiese mi mirada. La vi, oronda y radiante, con otro hombre, a quien ella me había presentado días atrás, en una de las tantas fiestas en las que estuve mientras estuve en Cali. Aquel hombre tampoco notó que los había visto. Él y ella caminaban por la calle, tomados de las manos, dándose besos cada tanto; por mi parte, iba en taxi, rumbo a la casa de ella, que no quedaba muy lejos del hotel en el que me hospedaba.

Los vi; y tal fue mi dolor que se lo confesé al taxista; a él le dije lo que estaba

viendo y lo que estaba sintiendo. Él me preguntó si deseaba que los siguiera, con el mayor de los sigilos. Le contesté que no, que ya había visto suficiente, que ya no necesitaba ver más para creer lo que estaba viendo.

Le pedí al taxista que cambiara su ruta; que me llevara al terminal de buses. Llegamos, le pagué la carrera, entré en el terminal y, tras algunas confusas filas, logré comprar el tiquete para salir, aquella misma noche, de la ciudad de Cali. Luego, regresé al hotel, en bus; una vez allí, pagué lo que debía, empaqué mis cosas, entregué el cuarto y pedí un taxi que me dejó en el terminal poco antes de que dieran las ocho de la noche.

Allí sentado, con la maleta junto a mí, no hice más sino ver, una y otra y otra y otra y otra vez, las imágenes que me maltrataban el alma. A lo largo de esa hora empecé a asumir la idea de que Magdalena me había estado engañando todo el tiempo; y esto hizo que los recuerdos dulces que de ella guardaba se convirtieran en esquirlas afiladas que saltaban sobre mí, confirmándome a través del recuerdo lo estúpido que había sido al haber confiado en ella.

Me eché a la pena, todo ese tiempo; y cuando dieron las nueve, con los pies y la maleta más pesados que antes, busqué la puerta de mi bus y, pocos minutos después, me instalé en mi silla -puesto de la ventana- y traté de no pensar más en nada. Sobre todo, no pensar en mí ni en aquello que estaba haciendo.

Quise apagar el celular; pero no fueron más que ganas. De alguna manera, por alguna extraña razón, todavía tenía la esperanza de que ella me llamara, así fuera simplemente a preguntar dónde me encontraba, por qué ya no aparecía registrado en el hotel.

No apagué el celular; y subido en aquel bus quise cerrar los ojos y abrirlos estando ya de vuelta en mi ciudad. Quería sentir que todo aquel viaje no había sido más que un larguísimo sueño, truncado por una terrible pesadilla.

No quería sentir más, no quería seguir queriéndola. La quería dejar de querer, a ella y a todas las mujeres; y al mundo entero también dejarlo de querer, por desquite, para sentirme capaz aún de algo diferente de quejarme de dolor. Pero al cerrar los ojos, las imágenes se repetían; y la veía sonriente, iluminando la calle y su rostro, tomada de la mano de aquel hipócrita infeliz que tan feliz la hacía; y yo metido en ese taxi, como en una prisión con ruedas y ventanas, testigo enmudecido de aquel espectáculo, silenciado por la daga inesperada que brotaba de ella, de aquella su sonrisa, que a mí tanta vida me había dado y que, tras verla con otro, solo parecía querer arrancarme de cuajo todo lo hermoso que me había dado. No dejé de sentirme en mitad de la pesadilla que había truncado mi sueño.

Un poco más tarde de lo previsto, el bus, finalmente lleno, salió del terminal. A

mi lado se sentó una señora que venía con otra señora –su hermana, quizás– y una niña –probablemente hija de alguna de ellas–; y desde que se sentó allí, al lado mío, se puso a hablar con la otra mujer. Se contaron de todo, sin bajar el volumen de sus voces, pese a que el ayudante del chofer ya había puesto a andar una película. Hablaban y hablaban, las dos señoras, contándose de todo pero, en el fondo, no diciendo nada. Como cotorras recién bañadas aprendiendo a modular sílabas con la lengua.

Pese a lo mucho que logró fastidiarme ese constante parloteo, al menos consiguió hacerme pensar en otras cosas. Incluso, ya harto de estar harto de aquellas dos mujeres, acomodé la cabeza hacia la ventana y, con mirada autista, me quedé observando las tierras, las gentes y las casas que el bus iba dejando atrás. Las observé como quien no ve nada, como quien duerme la mirada sin bajar los párpados.

Eran poco más de las diez de la noche cuando el bus se detuvo en un parador. El ayudante prendió las luces internas, detuvo la película y dijo en voz alta:

–Se pueden bajar. Arrancamos en quince minutos.

Las señoras seguían hablando. Sin dejar de hablar, tras despertar a la niña, bajaron las tres del bus. Yo esperé que se desocupara un poco; inicialmente, no quise ni moverme; y si me bajé fue porque quise fumarme un cigarrillo, al recordar que a Magdalena le había prometido no

volver a fumar hasta no regresar a mi ciudad.

Bajé del bus y compré un paquete; pero no quise comenzar a fumar teniendo tanta gente cerca, apiñada en ese estrecho parador, comiendo, comprando, bebiendo, como si el mundo se resumiese a eso. Busqué un lugar un poco apartado en el que poder fumarme mi cigarrillito, sin molestar ni ser molestado por nadie. Crucé la carretera porque vi que, al otro lado de la vía, había un ranchito humilde, con la luz aún encendida y pinta de tener un espacio solitario y tranquilo en el que sentarse.

Cuando fui a prender el cigarrillo, sentado en una de las escaleras de la entrada de aquel ranchito, noté que no tenía con qué encenderlo. Me puse de pie, caminé hasta la puerta y golpeé un par de veces. Pese a que adentro tenían la luz prendida, nadie atendió mi llamado.

–No le van a abrir –dijo un anciano, como salido de la nada, que estaba sentado en una mecedora, a unos cuantos metros de la puerta del ranchito–; hágame caso, nadie le va a abrir...

Después de superar el susto y darme cuenta de que aquel anciano no era un espanto, no se me ocurrió otra cosa más que preguntarle:

–¿Tiene fuego?

El hombre empezó a rebuscarse los bolsillos. Al cabo de un momento, levantó en una de sus manos un encendedor. Me acerqué a él y, agachándome un poco, permití

que el anciano me diera fuego, sin tocar su encendedor.

Pude ver su rostro y él el mío; y tras encender mi cigarrillo, aquel viejo me señaló con su índice tembloroso y, con la voz quebrada y encharcados los ojos, me dijo:

–Mijo... Yo sabía que usted iba a volver un día de estos... Yo sabía, mijo, yo sabía...

De repente, con una fuerza inusitada, tanta como la agilidad que demostró, atenazó una de mis muñecas con una de sus lánguidas manos; y, a pesar de que traté de zafarme, no lo conseguí.

–Mijo –decía y repetía el anciano–, no se me vaya a ir otra vez, mijo, se lo suplico... Mire cómo estoy, no me dejé acá solo, mijo...

–Tranquilo, tranquilo –le dije, intentando ahora zafarme con palabras–; ¿a usted quién le dijo que yo me iba a ir? –lo miré despreocupado– No he bajado ni la maleta y ya va a decir que me voy...

–¿Y trajo muchas maletas, mijo? –preguntó, sin soltarme, pero suavizando la presión.

–Una solita –respondí–, para qué más.

El hombre me soltó, sonriente. En sus ojitos vi el amor que sentía perdido; vi el amor que no conocía, atravesándome como una flecha el alma, encharcándose también mis ojos, haciéndose un nudo en mi garganta.

Me quedé allí, de pie, sonriente, fumando para no llorar. No intercambiamos palabras, solo miradas, como si realmente

nos conociéramos de antes; y el cigarrillo terminó y yo le dije al anciano que debía regresar al bus a recoger la maleta.

—No se demore, mijo —escuché que me dijo, mientras yo cruzaba la vía.

Una vez dentro del bus, dispuesto ya a acomodarme para continuar con el viaje, algo ocurrió; algo que no pensaba hacer, pero que hice con una naturalidad que incluso me sorprendió después. Tomé mi maleta, miré por última vez al par de señora —que aún hablaban— y me bajé del bus, tras decirle al chofer que yo me quedaba allí, en aquel parador. El tipo me preguntó si tenía más equipaje; negué con la cabeza y, maleta en mano, crucé la carretera rumbo al ranchito, con la firme intención de quedarme hablando, toda la noche, con aquel singular anciano.

Estando a pocos metros de la entrada, me sonó el celular. Lo desenfundé y vi que era Magdalena quien me llamaba; y en ese instante, vi cómo el bus arrancaba, partía, se alejaba lentamente. No contesté; tampoco salí corriendo detrás del bus, arrepentido a último momento. Apagué el celular y continué caminando hasta estar, una vez más, junto al anciano, su mecedora y su amor.

Juan de Lejos



De lejos llegó Juan. De detrás de las montañas, con su mochila al hombro, con la ropa que tiene puesta. Sus zapatos gastados, de andar la loma, de correr por el platanal. Unos pantalones alguna vez azules, ahora oscuros, del color de la tierra. Su camisa de manga corta, tan corta, tan fría, incapaz de defenderlo del clima de la capital.

Lleva la distancia estampada en el rostro, en el cuerpo, en el alma misma. Es alguien de lejos, de aquellos de los que se habla sin verlos, imaginándolos. De los que se cuentan por miles; a veces por millones. Abstracciones de la mente.

Se sienta en una mesa sin descargar. Está tomando impulso. La gente apenas lo mira -él está muy lejos, ellos no tienen razones para acercarse-; respira tran-

quilo, quietecito, mirando la mesa que tiene enfrente.

La señora se le acerca. Qué desea, señor. Él se levanta, sonríe, no sabe cómo. Vengo de lejos, señora, no tengo sino lo que me ve puesto. Si viene a pedir, váyase por donde vino. No vengo a pedir, mi señora, vengo a ofrecer ayuda. Aquí estamos completos; no creo que haya venido de tan lejos solo a ofrecerse como ayudante. Lo hago porque no tengo más opción. Eso dicen todos. Yo no soy todos; yo no soy de acá. Sí, eso veo, usted es de lejos. Yo trabajo la tierra, señora, desde que me acuerdo. Y qué con eso. Que se me acabo la tierra, que tuve que irme.

La gente los observa, de lejos. Otro que viene a pedir. Doña, sáquelo y que no estorbe más. Sáquelo y pedimos otra ronda. Ya escuchó, señor; la voz del pueblo es la voz de Dios. Señora, por favor, le limpio las mesas, le barro la tiendita, le atiendo la clientela. Ya le dije que estamos completos. Entonces regáleme un pan, uno solito. Sí ve, ya empezó a pedir; eche pa fuera, eche pa fuera, que aquí yo no mantengo vagabundos...

Vagabundos. Vagabundo. Juan de Lejos se mira las manos de cerca. Luego observa a la señora, su rostro transformado. Se da media vuelta y sale.

Camina algunas cuadras llevando las mandíbulas apretadas, haciendo cara de pocos amigos. Va molesto; no debió dejarse llevar por el hambre. El estómago traicionó la causa, le hizo ganarse otro

golpe. Sin detenerse, observa las calles que recorre. El rumor de las voces llena la atmósfera: universitarios contando sus aventuras, esmeralderos haciendo negocios, niños vendiendo dulces, payasos ofreciendo el mejor almuerzo. Entre la gente, ve un par de policías apoyados sobre sus motos, departiendo despreocupados.

Se acerca a ellos y los saluda. No sonríe. Su boca, en ese momento, no está para esos trámites. En qué podemos ayudarle, señor. Vengo de lejos, señores agentes; llegué esta mañana y no conozco a nadie en esta ciudad. Entonces por qué vino. Porque no tuve otra opción. Los dos policías se miran. De dónde dijo que viene. De lejos, no escuchó. Sí, mi teniente, disculpe. Y qué quiere hacer. No sé; lo primero, comer algo y, si se puede, conseguir un lugar dónde quedarme y en el que pueda trabajar para pagar lo que gaste. Ya fue a la Red de Solidaridad. Sí, señor, esta mañana, recién llegué. Y qué le dijeron. Que tenía que esperar hasta mañana; me metieron en una lista y me hicieron firmar unas hojas. Muy bien, vaya mañana, que a lo mejor ya le consiguieron algo. Sí, señor agente, mañana volveré, no lo dude; el problema es que sigo con hambre y no tengo donde pasar esta noche.

Los dos policías se vuelven a mirar, ahora incómodos. No es la primera vez que les pasa, pero igual siempre es fastidioso lidiar con esos casos.

Y qué tiene pensado hacer. No sé, por eso fue que vine a hablarles; ya he ofrecido

mi trabajo en varios restaurantes a cambio de algo de comer, pero en todas las veces me han sacado porque piensan que los voy a robar, o porque creen que soy un vagabundo. Y ha intentado en los buses. No señor, ahí no ofrecen almuerzos. La paciencia de Juan de Lejos se va agotando; siente que está perdiendo el tiempo. Haga el intento; se levanta unos pesos y con eso come algo y paga una pieza. Me está hablando en serio. Sí, claro; usted se sube a un bus, echa el cuento que nos acaba de echar y verá que no falta al que se le ablande el corazón.

Los tres permanecen callados un buen rato. Juan de Lejos, en silencio, considera lo que cada vez ve más cerca: la necesidad de acudir a la caridad, a la espera de la buena voluntad de la gente. Los policías, por su lado, se acomodan el uniforme, se aprestan a ir a patrullar otras calles. Mucha suerte en la ciudad –se despide el teniente y arranca en su moto.

Los observa alejarse y empieza nuevamente a andar. Necesita pensar lo que le acaban de decir. Subir a un bus, contar su historia y después estirar la mano a la espera de alguna monedita salida del bolsillo del corazón de quienes lo escuchen. De repente, se detiene. Tiene la necesidad de contemplar su rostro, de verse. Mira a su alrededor y descubre un camino de agua que baja, paralelo a la calle, a través de un canal de cemento en el que se ha encauzado la corriente del viejo río San Francisco. A allí se dirige con presuroso

paso. Del fondo del agua surge su silueta. Temblorosa, insegura, incierta. Su pelo oscuro y revuelto, su incipiente bigote de varios días, sus cejas largas y gruesas; el cuello y los hombros sosteniendo una cabeza que se balancea al ritmo del agua en leve movimiento. Se observa largamente: reconoce sus rasgos, se palpa la cara con sus manos leñosas. Ese es él, allí, entre la superficie y el fondo...

Un ruido inesperado lo trae de regreso a la ciudad. Un chapoteo leve, como de aletas aprendiendo a nadar. Gira su rostro y descubre un perro negro y flaco bebiendo de las aguas del San Francisco. El animal lo mira de reojo y sigue tomando hasta calmar su sed. Luego se estira, bosteza generosamente, para después seguir su camino y confundirse entre la gente que apenas se ha percatado de su presencia.

Decide hacerlo. Tiene que pedir. Deja la cara de pocos amigos para que se la lleve el San Francisco -y cualquier perro con su lengua reseca- y trata de darse un aire de bosque tras la lluvia. Sabe que de eso depende lo poco o mucho que pueda conseguir. No es fingir un sentimiento; es simplemente enseñar su rostro más amable, menos duro. Tratar de ganarse la simpatía de otros. No hacer cara de animal hambriento, sino de hombre bueno caído en desgracia.

Se sienta en un banco desocupado y respira profundo. Dicen que la necesidad tiene cara de perro; pero ese perro, el

sediento, no la tenía. Andaba tranquilo: aquí tomo el agua, aquí dejo mi sed. No era más que eso; nada más y nada menos. Yo, por mi parte, tengo mi hambre, tengo mi miedo y este par de manos que no ararán más la tierra.

Un bus frena muy cerca, frente a él, con la puerta abierta, cerrándole de paso el camino a la reflexión que había echado a andar. Quiere levantarse, pero algo lo detiene. El cuerpo le pesa, le estorba incluso.

Si tan solo pudiera ser una voz y una mano; subir por una ventana acariciando rostros con el rumor de una buena historia; desperezar los dedos saludando a los oyentes; arrancar con ellos sonrisas de labios gastados. Atención, atención. Hacer una venia, después tararear las primeras notas de una linda canción, aplaudir contra una silla, nueva venia, para al final pasar de puesto en puesto recogiendo palmaditas de metal y satisfacciones disfrazadas de héroes patrios. Dos o tres espectáculos así y podría volver al cuerpo, aquel que lo esperará manco y aburrido, allí donde lo haya dejado sentado.

El bus arranca, cerrando con un silbido agudo la puerta de aquel sueño momentáneo. Si sigo así –piensa–, tendré que llenarme la barriga con fantasías.

Mira a su alrededor y se siente extrañamente invisible; no es la primera vez: ya esta mañana, en aquella banca estrecha en el terminal de buses, se sintió de un modo semejante. Pero no es invisi-

bilidad lo que lo recubre; él lo sabe. Es la distancia; se ha convertido en un ser infinitesimal, pequeñito pequeñito -dicho en sus palabras-, diminuto, como una grano de arena o un cristalito de sal. La gente no lo ve; es como una mosca en el techo de un teatro.

El estómago ruge. Deje de fantasear. Algo tengo que decir, estoy simplemente decidiendo lo que voy a contar. Cualquier cosa, qué más da. Está bien, cálmese si quiere comer, que ya me está haciendo doler; tengo que estar concentrado para no olvidar nada.

Se pone de pie. Esquiva un par de peatones y observa el horizonte con aire de conquista. El verde se hace rojo y los buses detienen sus marchas, apaciguan sus corcoveos. Buenas tardes, señor, me podría permitir... Las palabras se le agotan. ¿Permitir qué? Me deja subir al bus para contarle a sus respetables pasajeros que vengo huyendo de mi pueblo porque hace unos días mataron a mi hermano y lo echaron a una fosa, y ahora me están buscando a mí para que vaya a hacerle compañía, y es por eso que aquí me tiene, pidiendo limosna, huyendo y aullando del hambre, como si fuera un vagabundo... ¿sí, me permite?

Se acabaron de bajar, hermano, no insista. Quiénes, se pregunta mientras se apea del primer bus fallido, quiénes...

No fue ni en la tercera ni en la quinta. En la cuarta consigue su objetivo; el conductor hace un gesto fastidiado,

apenas, sin mirarlo. Juan pasa la registradora de medio lado y se encuentra de frente con un público no muy numeroso, no muy animado. Algunas miradas se posan de reojo sobre su rostro, sobre su figura. Allí dentro, Juan de Lejos los observa: ve un hombre viejo, sentado junto a la ventana; ve dos señoritas de repente silenciadas por su presencia; ve un muchacho de no más de veinte años, acomodado en las sillas del final.

Buenas tardes, señoras y señores -comienza diciendo, para luego esperar unos segundos una respuesta que no llega. Buenas tardes -repite dubitativo, tembloroso; siente que los colores le suben a la cara; las sienes le retumban, las manos le sudan-, disculpen si los interrumpo -las palabras suben y bajan por su garganta, sin llevar orden alguno; unas van hacia el estómago, despavoridas, pusilánimes; otras se dirigen derechito hacia la boca, hacia la lengua, que hoy nos consagramos, ha llegado la hora de hacernos escuchar.

Esta es la primera vez que me subo a un bus a pedir; antes de llegar a esta ciudad, yo trabajaba en el campo, cultivaba lo que iba a comer; nunca tuve que pedir, y mucho menos por caridad. Agacha la cabeza, imaginando bajo sus pies ese olor, amargo y dulce a la vez, de la tierra tras la lluvia. Señoras y señores, de no haber sido por lo que pasó en los últimos días, todavía estaría allá; y no habría tenido que venir a molestarlos; pero hace tres días mataron a mi hermano y lo echaron a una

de esas fosas que esconden los platanales; luego me mandaron decir que no fuera mal hermano, que no me olvidara de quien había crecido conmigo; que fuera y le hiciera compañía donde ahora descansa. Dos personas lo observan de reojo, pesándolo con la mirada. Yo sé que ustedes no tienen la culpa de que me lo hayan matado; aquí a la ciudad esas cosas no llegan, de eso no se habla, no se sabe; pero yo tampoco tuve la culpa. Para al sentir que el tono de su voz ha subido de un momento a otro; respira profundo y, más calmado, sigue su relato. Yo le dije a mi hermano que no se pusiera a creerse invencible; que si ellos querían que él se fuera, que no se pusiera con orgullos; es mejor estar vivo sin tierra que muerto rodeado de ella. El bus frena en seco y Juan de Lejos trastabilla; mira a su alrededor, toma de nuevo la postura inicial y continúa tras suspirar.

Él no me hizo caso; y ellos pensaron que yo lo estaba ayudando y por eso fue que me mandaron la razón; me tocó huir del rancho, de la tierra, irme lejos del pueblo; hasta tuve que esconderme entre los matorrales toda una noche. Su relato va adquiriendo escuchas; el muchacho de atrás lo mira con una mezcla de atención y desconfianza; las señoritas han cesado definitivamente su conversación. Con la platica que alcancé a sacar, cogí una flota y me vine para acá, a buscar suerte como todos, a correrle a la muerte, como tantos. Es de lejos, susurra una de las señoritas. Sí, se le nota en la cara, con-

testa la otra, mirándolo por el reflejo del vidrio.

Bueno, señoras y señores, ustedes disculparán si les interrumpí sus pensamientos o sus charlas, pero créanme, por amor de Dios, que no tenía otra opción, estoy solo en una ciudad que no conozco, sin plata, sin un lugar donde dormir; yo no quería hacer esto, no quiero seguir haciéndolo, pero es que ya desde hace rato que no como y me está ladrando el estómago de pura hambre...

Algunos pasajeros se mueven levemente, aquejados por una inesperada incomodidad. Cualquier ayuda, cualquier moneda será bien recibida y Dios sabrá multiplicarla. El tintineo de unas monedas llaman la atención de su mirada; una de las señoritas, haciendo un leve gesto con la mano, llama su atención. Muchas gracias, mi Dios le pague y le multiplique. Luego es el muchacho del fondo: una sola moneda, pero más pesada que las demás. Gracias joven, mi Dios le pagué. Un nuevo frenazo sacude el bus, haciéndole perder el equilibrio y ocasionando la caída de una de las monedas al suelo. El señor junto a la ventana se acerca al pasillo, recoge la moneda y suma a ella un par de circulitos de metal más. Gracias señor, gracias, mi Dios le pague y le multiplique.

Camina hasta la salida del bus, agradece al conductor y timbra para que se detenga. El hombre frente al volante apenas lo mira por uno de los espejos, sin parar. Largos segundos aquellos.

Juan de Lejos, de pie junto a la puerta, esperando un semáforo en rojo, un peatón con el brazo estirado. Se siente sobrando, observado de reojo, inquisitivamente, con ese resquicio de malestar y duda que produce a veces la caridad en la gente que no tiene por qué darse esos lujos.

Finalmente para y abre la puerta trasera. Gracias, grita mientras salta al andén. Una vez con los pies en tierra, contempla su alrededor, quizás buscando a alguien a quien contarle que, después de haber temido y pensado tanto, lo ha hecho: ha sido capaz de pedir, de acudir al buen corazón escondido de la gente desconocida. Lo hice, susurra al viento, y no sabe si lo dice con orgullo o con vergüenza de sí mismo.

Da algunos pasos hasta que el campanilleo de las monedas en su bolsillo le recuerda que no las ha contado. Con el entusiasmo de un niño estrenando juguete, mete la mano hasta el fondo del pantalón y saca su botín. Una moneda de quinientos, dos de doscientos, dos de cien y una de cincuenta. Nunca tan poco le había parecido tanto. Mil ciento cincuenta pesos suyos, para gastarlos, para llenar esa panza quejumbrosa, para buscar un lugar donde descansar su larga fatiga.

Guarda las monedas de nuevo en el bolsillo y, una vez más, observa la gente a su alrededor, buscando entre ella ante quien confesarse. Quisiera acercarse a alguien, contarle lo que ha pasado: Fui capaz de pedir, no tengo remordimientos;

la gente me escuchó en silencio, me regaló de su dinero para que yo pudiera comer. Pero hay distancias que no se vencen en un minuto o en una hora; son trayectos largos, hasta tediosos, de pasos contra pasos, de corrientes y contracorrientes.

Su primer éxito en la capital ha sido solamente una corta distancia recorrida, un tramo modesto que casi cualquiera hubiera podido recorrer. Entonces Juan de Lejos vuelve a andar, meditabundo, de nuevo pesado, que no hay cosa más triste que no tener con quien compartir una victoria.

El estómago ruge de nuevo. Olor del aceite frito, de grasa flotando en el ambiente. EMPANADAS A 1000. Un par de personas, de pie junto al puestico, devoran con avidez la empanada que aprisionan entre los dedos. EMPANADAS A 1000. Juan no piensa, no calcula, solo actúa; y aquella empanada no dura más de un minuto entre sus manos; y su estómago le agradece, mientras la lengua se resiente por el quemonazo.

Echa a andar un buen rato, evadiéndose de algo que sabe que no podrá evitar: los buses lo llaman, ha de volver a sus pagos y repetir su historia tantas veces como sea necesario. Debe volver a hablar para ablandar.

Pasa la avenida, torea carros, esquiva buses, hasta llegar al semáforo; y allí espera la bandera roja que indicará el momento de entrar en acción.

Señor, me permite subir, acabo de llegar a esta ciudad y no tengo qué comer ni

dónde dormir. Se acabaron de bajar. Por favor señor, no me le demoro, mire que tengo hambre, que no tengo a dónde ir. El chofer del bus lo mira a la cara, sopesa su rostro y, tras girar su cabeza nuevamente hacia el volante, le permite pasar.

Allí está, ante otro público; y vuelve a relatar lo que ya otros le escucharon, solo que en esta ocasión, mientras habla sobre sus orígenes, enseña las manos -gesto inconsciente- como prueba tangible: con estas manos trabajé los que fueron mis campos...

No cuenta las monedas al bajarse. Las echa en el pantalón y busca con la mirada otro bus al que subirse; pero algo lo detiene. Antes de emprender su labor de nuevo, observa el lugar en donde está: las calles son más amplias, los edificios más altos, se ven hasta más limpios; alguna gente va perfumada, no se ven vendedores ambulantes por ahí. Parece otra ciudad -se dice al ver su entorno-, aunque igual o más lejana.

Tarda en encontrar un conductor que le permita subirse a su bus; si no es porque van muy llenos, es porque el tipo no quiere que sus pasajeros sean molestados.

Sobre el cielo de la capital empieza a cernirse el manto de la noche. La gente sale pesada de los edificios; camina por los andenes, de a dos, de a tres, haciéndose compañía, más cuando el sol ya ha anunciado su nocturna ausencia. Los carros se multiplican con sus pitos y rugidos. Motos, muchas motos; y algunas bicicletas.

Un señor empujando un carrito lleno de dulces, cigarrillos y galguerías. Toda una nueva fauna que Juan desconocía, que lo hace sentir en medio de una selva ruidosa, atestada de variopintas criaturas, para las que él no es sino otro bicho más.

Juan de Lejos contempla todo con cierta fascinación pueril. Tantas luces, tanto alboroto alrededor, tanto gris por todas partes. Levanta la cabeza y busca el cielo; necesita calcular qué hora era. Pero toda una serie de construcciones, edificios y casitas cubren con su quietud indiferente el horizonte tras el cual va hundiéndose el sol. Ya debieron dar las seis –se dice, extrañado aún.

Corre con suerte una vez más. Sube a otro bus, echa su cuento, ya más tranquilo; aprovecha incluso las pausas para mirar las calles que desfilan tras las ventanas, sorprendido por no dejar de ver cosas nuevas, cosas diferentes. Mi Dios les pague y les multiplique, para después saltar de nuevo a tierra firme. Caminar hasta el semáforo: señor me permite, por favor, no me le demoro.

Una tras otra, las frases que alguna vez fueron fruto espontáneo de su necesidad se convierten, con cada solicitud, con cada repetición, en palabras de un libreto obligado que su personaje debe representar para perpetuar la obra. Así, con la experiencia rápidamente adquirida, de bus tras bus, se da un espacio para improvisar, que decir siempre lo mismo aburre a cualquiera; y

no solo eso: contar su historia le ayuda a alejarse de ella, le permite sacarla de sí y verla como un recuerdo ajeno, casi prestado. De esta manera, su hermano deja, al menos por un rato, de estar muerto. Muerto para los escuchas, aunque les da igual, porque vivo nunca lo vieron. Para él, en la lejanía, durmiendo tranquilo a la sombra de algún árbol de sombra generosa.

Desciende del último bus. La garganta le arde, le pica la piel. La noche cierra el cielo, oscura, nublada, fría. Deben ser como las ocho o las nueve de la noche. Echa a andar una vez más. Siente el cuerpo golpeado, trajinado por todo lo que ha pasado a lo largo del día; el estómago ha despertado de su letargo; y las mangas de su camisa se han hecho más cortas, incapaces de protegerlo del viento que barre la ciudad a esa hora.

Calle tras calle pasa, cruzando avenidas, viendo rostros y cuerpos que evitan su mirar. Gente caminando apurada, que mira a sus espaldas, sospechando lo peor.

En una esquina de una cuadra cualquiera resplandece una luz. Juan camina hasta ella y queda gratamente sorprendido al ver que se trata de una cafetería bastante amplia, repleta de comida. Entra con una sutil sonrisa en el rostro y se dirige directamente hacia la señora que, tras el mostrador, lee apaciblemente un diario capitalino.

Buenas noches, señora. Buenas noches, señor, qué desea. Le queda algo del al-

muerzo; yo sé que ya es de noche, pero verá usted: no he almorzado y la barriga me está aullando. Pues habría que ver; pero si tiene tanta hambre, por qué no se come un pastel de carne o de pollo, y lo baja con una gaseosa. Puede ser, pero es que tengo ganas como de arroz, carne, yuca, plátano, sopa y jugo. Pues espéreme aquí, voy a ver si quedó algo del mediodía. La señora se levanta, deja el periódico sobre el butaco en el que estaba y desaparece tras una puerta en el fondo del local.

Está de buenas, señor. Por qué lo dice, mi señora. Quedó un poco de arroz y lentejas; ya le dije a mi hija que se los ponga a calentar. No sabe cuánto le agradezco.

Permanecen en silencio un rato. La señora toma de nuevo el periódico y se acomoda en su habitual butaco. Juan, aún de pie frente al mostrador, observa encantado la cantidad de comida.

Mi señora, antes de que se me olvide: cuánto es lo de la comida. La mujer levanta el rostro, piensa durante unos segundos cuál sería la tarifa adecuada, para después responder: Serían cinco mil pesos. Del fondo del bolsillo más pesado, Juan extrae un puñado de monedas, las pone sobre el mostrador y empieza a contarlas. Hombre -dice la mujer sorprendida-, se nota que rompió la alcancía. No, no, no, mi señora, si le contara... yo llegué esta mañana a la ciudad, sin más que lo que me ve puesto, con hambre y sin conocer a nadie; así que me tocó subirme

a los buses y empezar a pedir para poder conseguir algo con que llenar esta barriga. Usted es de lejos –pregunta la tendera. Sí, llegué esta mañana –repite Juan. Mi familia era de lejos; nos tocó huir a todos; yo era muy pequeña, ya casi ni me acuerdo.

De la puerta del fondo surge la silueta de una mujer joven, de baja estatura, largo pelo oscuro y ojos penetrantes. Juan la mira y encuentra en sus rasgos un aire que le trae dulces recuerdos. Su hija se parece a una prima que yo tengo. Es una niña muy juiciosa –dice la señora, sin saber muy bien por qué cuenta eso al recién llegado. La recién llegada trae consigo un plato lleno de lentejas con arroz; lo pone sobre una de las mesas y, dirigiéndose a su madre, se despide y desaparece por donde vino.

Juan toma el plato y los cubiertos, y los lleva a la mesa que está más cerca al mostrador. Si le interesa, mi señora, puedo contarle mi historia. La mujer se levanta, deja el periódico sobre el mostrador y, desde el otro lado, asiente mientras se acomoda para ver mejor a su único cliente. Juan se presenta y narra, una vez más, su trasegada historia. Entre bocado y bocado, habla del asesinato de su hermano, de la huida nocturna, del miedo a terminar en el platanal. No enseña en esta ocasión las manos; están demasiado ocupadas como para ambientar la narración. Al terminar –tanto su historia como el contenido del plato–, per-

manece en silencio mirando con fijeza algún punto de la mesa. Lo sorprende lo lejos que ahora se ve todo eso que acaba de relatar: su rancho, su tierra, su hermano. Como si más que un día, hubiera vivido un siglo entero entre los edificios, los buses y los rostros grises de la capital.

La señora le da la vuelta al mostrador y se sienta frente a él en la mesa. Al parecer, la historia le ha hecho ganar su confianza. Por aquí, en esta ciudad, hay mucha gente de lejos, uno los descubre con solo verles la cara: parecen niños pequeños en casa ajena; o bueno, por lo menos así decía mi papá que se había sentido cuando llegó aquí. Y qué pasó con su papá, cómo hizo para salir adelante; no creo que se haya subido a los buses como yo. La mujer sonríe por primera vez. No, hombre, cómo se le ocurre; usted se imagina a mi papá, con mi mamá y tres chinos debajo del brazo, echando la historia en un bus; eso sí habría sido todo un circo. Entonces qué hizo. Pues corrimos con suerte; primero, en ese tiempo no había tanta gente de lejos en la ciudad, así que, como dicen por ahí, no había mucha competencia; segundo, mi papá tenía por aquí a un compadre del pueblo que trabajaba en una zapatería. Entonces les tocó convertirse en zapateros. Más o menos, hasta que mi mamá se peleó con mi papá. Y eso, qué pasó. Pues que mi mamá lo encontró un día con otra. Ah, carajo. Sí, mi mamá se puso muy brava; primero lo insultó y todo eso; o

por lo menos eso fue lo que me contaron; y luego nos agarró a los tres y se fue a la casa de una amiga que se había conseguido. De buenas, porque si no le hubiera tocado aguantarse a su papá y a la mocita. Pues de buenas y de malas, no ve que la señora que nos recibió fue muy amable al comienzo, pero cuando se cansó de que fuéramos cuatro más en semejante casita, se la pasaba gritándonos, echándonos la culpa. Y su papá qué hizo, se desapareció. Sí, yo solo supe de él muchos años después, cuando mi hermano se devolvió con él al pueblo donde antes vivíamos, y eso fue hace como veinte años; desde entonces, nadie ha sabido darme razón de ellos. Y su otro hermano. Es hermana, mayor que yo; ella se puso con mi mamá a trabajar de modista y, a veces, también trabaja como empleada doméstica. Y usted. Yo quise primero devolverme al pueblo, pero me ganó el miedo; así que yo le ayudaba a mi mamá cuando podía, después de ir a la escuela...

La señora guarda silencio. Los recuerdos, por ser tan abundantes, no le permiten seguir contando. Se levanta, deja escapar un sentido suspiro, mira la puerta del establecimiento, para luego ir a buscar algo tras el mostrador.

Usted fuma. No, mi señora; el fumador de la familia era mi hermano, yo nunca le cogí el gusto a eso. Se escucha el rasgar de un fósforo, una lucecilla ilumina momentáneamente el rostro de la tendera y una primera nube gris cobija su cabeza.

Regresa a la mesa y se ubica donde estaba. Como le decía, en esta ciudad hay mucha gente de lejos. Pues si usted lo dice, mi señora, yo le creo; la verdad es que a mí me parece que a esta ciudad le cabe cualquier cosa. Tanta gente, tanta gente; es como si todos esos venidos de lejos hubieran hecho que esta ciudad quisiera alejarse con ellos. Como así, mi señora, no le entiendo. Pues así: esta ciudad tiene el alma contagiada de distancia, de lejanía, de ganas de irse muy lejos y olvidarse de todo lo que fue. Sigo sin entender, mi señora. Ay, hombre, imagínese una isla, y que a esa isla fuera mucha gente huyendo, gente de lejos, claro, de otras partes, de otras islas. Hasta ahí le voy entendiendo. Bueno, pues esta ciudad es como esa isla; pero es como si ella misma hubiera empezado a huir con quienes se venían a esconder a sus tierras; sí entiende. Creo que sí. Pues la isla se fue alejando y alejando, y yo creo que es por tener tanta gente de afuera, que la contagian de esa lejanía; o mejor dicho, de ese deseo de estar cada vez más lejos. Pues no sé, mi señora, yo siempre había visto la capital muy lejos, pero era porque nunca había venido.

Guardan un nuevo silencio, sin mirarse. La mujer se asoma a la puerta del local y arroja la colilla a la calle. Afuera, se escucha aún el eco de uno que otro carro.

Usted es un hombre muy valiente –se atreve a decir finalmente la tendera. Juan sonríe. El hambre y el miedo todo

lo pueden. Pero hay una cosa que todavía no me ha dicho. Qué. Dónde va a dormir esta noche. No sé; me toca buscar algún lugar por aquí cerca donde no me quiten todo lo producido del día. Es difícil a esta hora....

Silencio.

Yo le puedo alquilar una pieza. En serio -dice Juan, casi brincando de su asiento. Sí, no es muy grande y tampoco es que sea muy cómoda, pero se la puedo dejar barata; pero necesitaría que primero me ayude a cerrar el local, para poder ubicarlo en la pieza.

Sin tardanza, Juan le ayuda a la mujer a recoger algunos avisos colgados en la puerta y a bajar la cortina de metal que protege la entrada. Luego, apagan algunas luces y se dirigen a la puerta del fondo. Por aquí, sígame. Juan, más obediente de lo que jamás ha sido, sigue los pasos lentos de la señora.

Tras subir unas oscuras y enroscadas escaleras desembocan en un breve pasillo con dos puertas a cada lado. Aquí dormimos nosotras, dice señalando las dos puertas de la izquierda; ese es el baño y al fondo es el depósito; su cuarto es por aquí. La señora se da media vuelta y sube por unas pequeñas escaleras de cuya existencia Juan no se había percatado.

Ya estando en el tercer piso, se encuentran con una puerta café, asegurada con un gran candado. La señora saca un manojo de llaves, busca entre ellas la que abrirá el cerrojo y, tras hacerlo,

con un leve golpecito empuja la puerta, que se abre como la tapa de un cofre.

Entran. Ella prende la luz y él observa el que será su cuarto. Ahí está la cama; en el armario están las sábanas y las cobijas. Mira a su alrededor y señala una claraboya que hay en el techo. Esa ventanita la mandamos sellar porque un día casi se nos meten los ladrones por ahí, pero por lo menos deja pasar la luz. Muchas gracias, señora, muchas gracias; cuánto pide usted por todo esto. Mañana hablamos de eso; por ahora descanse, que se nota que está molido. Gira sobre sus talones, echa un último vistazo a la habitación y, con un buenas noches susurrado, desaparece en la oscuridad que cubre las escaleras.

Juan cierra la puerta y contempla una y otra vez, encantado, lo que sus ojos aún se resisten a creer. Sin perder más tiempo, abre el armario y saca de allí un par de cobijas que arroja sobre el colchón desnudo. Se sienta, se quita los zapatos y el pantalón, apaga la luz y se acuesta en su nueva cama.

El cuerpo le ha vuelto a pesar, a incomodar. El problema no es la cama; tampoco las cobijas. Es él quien no logra encontrar la postura adecuada para poder dormir. Se acomoda boca arriba, con las manos trenzadas bajo la cabeza, permitiéndole a sus ojos, aún despiertos, observar, en la penumbra, el cuarto en el que se encuentra. Con la mirada recorre el armario una y otra vez, y la mesita que

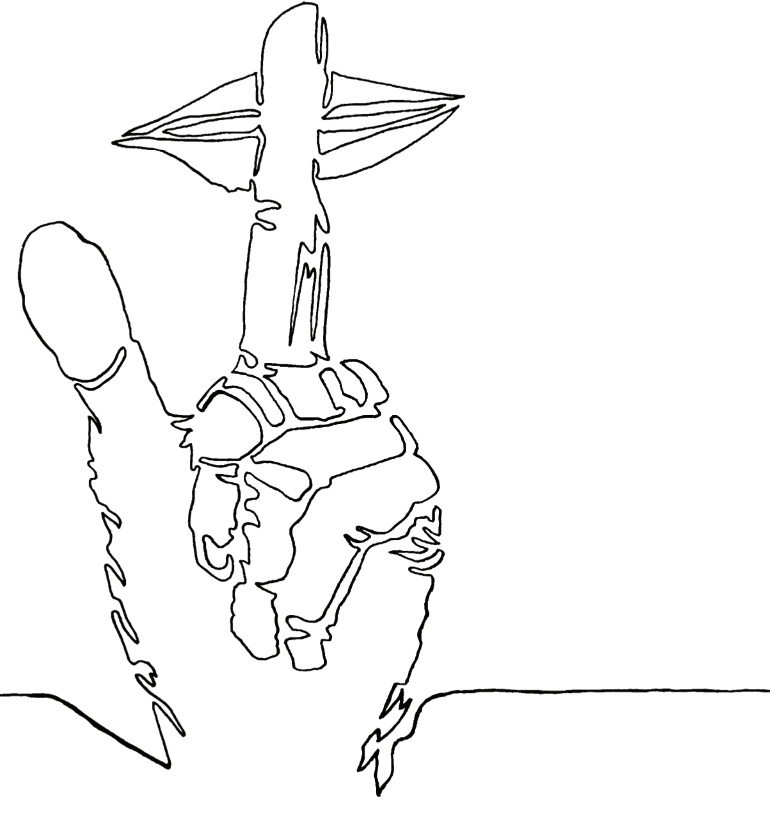
descansa a su lado; hasta que se detiene en la pequeña ventana sellada. De pronto, una silueta surge del otro lado de la ventana. Un rostro, un par de ojos titilantes, una nariz gastada y unos pómulos salidos. Juan siente que el pánico le atenaza el pecho; no es capaz ni de gritar. Los ojos lo observan sin desprenderse de él; pero no es odio, rencor o furia lo que carga esa mirada. Es una especie de vacío congelado, de laguna sin fondo, de cielo densamente nublado. Lo mira sin siquiera pestañear, paciente, como si solo deseara contemplarlo desde allí, fuera frente a la ventana.

Afuera, más allá del vidrio de la claraboya, reconoce Juan el incipiente bigote, la nariz ancha, la boca de labios quemados, reflejo suyo.

Adiós, Juan –habla aquel reflejo–, ya es hora de que me vaya. No se vaya. Ya no me necesita. Pero aquí no conozco a nadie. Con el tiempo, con el tiempo, ya verá. Por favor, quédese esta noche. Adiós Juan, ya no puedo estar más aquí; en esta ciudad no hay espacio para mí. Y entonces qué puedo hacer. No sé, Juan, no lo sé; yo no conozco estas tierras, yo no soy de por acá; yo vine un día, de lejos, con una mochila al hombro, con los zapatos gastados de tanto correr por el platanal. Vinimos juntos. Yo lo traje, usted se queda y se adapta; yo sigo mi camino, mi huida; seguiré buscando mi reposo. No se vaya, por favor. El reflejo esboza una última sonrisa. Duérmase ya, descanse, mire que tiene aún mucho que aprender.

Y si me voy con usted. No sea tonto, Juan; usted es el que se queda porque yo soy el de Lejos; yo me voy, usted me olvida, y así puede seguir viviendo, aunque eso le cueste alejarse cada vez más de mí y de lo que fue, de lo que fue antes, antes de volverse parte de esta isla rodeada de montañas.

Los conejos
del niño Emilio



Basado en hechos reales

Empecé a enterarme de su idea el día que lo vi llegar a la quinta trayendo enjaulados una docena de conejos. Me dijo, sin más, que haría algo muy importante con esos animales: les iba a enseñar a ser libres. Yo, al ver esos conejos apretujados en la jaula, tuve que contener la risa, pensando que se refería a liberarlos al fuego.

El niño Emilio no se detuvo a darme más explicaciones. Siguió con la jaula rumbo a la parte trasera de la casa; y lo vi aparecer un rato más tarde, cuando se acercó para pedirme que no fuera a alimentar sus conejos, ya que él se encargaría personalmente de eso.

–Además –agregó–, mis conejos tienen que aprender a ser fuertes, para que cuando sean libres puedan resistir mejor.

Obedecí su orden, pese a no entender eso último que dijo; y es que así es siempre con él: por más que tenga cumplidos más de veinticinco años, pelo en la cara y plata para emborracharse, Emilio sigue siendo para mí el mismo niño que vi crecer y que, incluso, por las ocupaciones y trabajos de sus padres, tuve que ayudar a criar, yéndoseme en ello parte de mi juventud. Tanto lo conozco que ya no me extraña no entenderlo.

La siguiente vez que lo vi fue concentrado, sentado ante una mesa, dibujando algo como los planos de una casa nueva.No me atreví a interrumpirlo, de lo concentrado que lo vi. Él tampoco me dijo nada, ya que ni siquiera se fijó en mi presencia. Solo después de un rato, cuando lo volví a ver, entrando en la cocina, me dijo que no olvidara no alimentar sus conejos, que él se encargaría personalmente de hacerlo.

Volvimos a hablar dos días después; antes no se pudo porque había estado muy ocupado organizando unas mallas y unas varillas que había mandado traer. Al hablar con él, tuve que comunicarle una mala noticia: dos de sus conejos habían muerto, de pura hambre imagino yo. Él se puso muy serio y solo dijo que así tenía que ser, ya que la libertad no es para todos, sino solamente para los más fuertes.

Decidí alimentar a escondidas a los conejos. Les servía un poco de agua, les ponía algunas hojas de lechuga que cualquiera

en la quinta habría arrojado a la basura; y también les limpiaba un poco la estrecha jaula en la que vivían, más que todo para evitar que ese olor siguiera creciendo. Así pasaron los días: los conejos cada vez más flacos y el niño Emilio concentrado en hacer realidad su idea.

Me enteré por mi marido -que es uno de los jardineros- que el niño Emilio tenía planeado construir una jaula-laberinto para los conejos. También, sin terminarle de creer ni de entender a mi marido, supe que aquella jaula, como casi todo laberinto, tendría una salida que debía dar a la entrada del bosquecito que hay detrás de la quinta.

No entendí para qué todo eso; pero vi cómo mi marido y otro jardinero se dedicaron pacientemente a hacer realidad la jaula-laberinto que el niño Emilio había ideado.

Lo primero que me sorprendió fue el tamaño: esa jaula ocupaba casi el mismo espacio que el parqueadero que hay frente a la casa. Lo otro que me sorprendió fue su complejidad -de ahí las dos semanas largas que les tomó terminarla-; se podría decir que hasta una persona, metida en un laberinto así, la tendría difícil para encontrar la salida.

Con la jaula-laberinto terminada, el niño Emilio decidió hacer una fiesta; e invitó a muchos de sus amigos y les contó lo que pensaba hacer: al día siguiente, a sus resistentes conejos -de los que ya solo quedaban siete- los trasladaría a

su nueva jaula, donde tendrían la oportunidad de alcanzar, por ellos mismos, su propia libertad.

No faltaron entre sus amigos quienes, ya borrachos, celebraron ruidosamente aquella noble idea. Incluso, más de uno se ofreció a colaborar; aunque el niño Emilio, muy dignamente, salió al paso diciendo que se trataba de hacer realidad esa idea sin la ayuda de nadie más. A fin de cuentas, dijo varias veces, era un sueño suyo que él debía encargarse de cumplir personalmente.

Algunos de sus amigos se quedaron hasta el otro día, hasta el momento de la mudanza -como la llamó el niño Emilio- de los conejos a su nueva jaula. Yo también estuve allí presente. Vi cómo metieron, uno tras otro, a cada conejo en ese laberinto; y vi también al niño Emilio y a sus amigos esperando a que ocurriera el milagro. Pero lo que realmente pasó fue que aquellos animales, tras olfatear su nueva vivienda, se limitaron a quedarse muy quietos y muy juntos, sin desear, al parecer, nada más.

De nada sirvieron las órdenes que el niño Emilio se cansó de gritarles. Quietecitos permanecieron los animales, tal vez sin fuerza para ir en busca de la que debía ser su anhelada libertad.

Hartos de esperar, decidieron regresar al interior de la quinta y continuar allí la fiesta de la noche anterior. Aunque primero comieron; algunos también durmieron un rato, para superar el cansancio acumulado.

Cada tanto, el niño Emilio se asomaba a ver si alguno de sus conejos se había siquiera movido del lugar en el que estaba; pero nada: todos permanecían allí, inmóviles, como si ya con eso les bastara para estar bien. Solo los perros estaban inquietos: iban y venían, amenazantes, olfateando desde donde podían el rastro de los conejos encerrados.

Uno de sus amigos le recomendó que les pusiera comida en diferentes partes del laberinto, para que empezaran a explorar su nueva jaula. Efectivamente, los conejos empezaron a moverse y a separarse, siguiendo el rastro de la comida que el niño Emilio accedió a ponerles. Al cabo de la primera semana nos enteramos de que dos conejos habían logrado salir -quién sabe cómo- de la jaula y alcanzar su libertad; aunque, al parecer, esa libertad no les duró mucho: sus cadáveres aparecieron mordisqueados por los perros, no lejos de la salida del laberinto. Fue mi marido quien los encontró y se los mostró al niño Emilio que, al verlos, solo dijo:

-Sabía que esos conejos iban a poder salir...

Desde entonces, redujo de nuevo la cantidad de comida que les dejaba dentro del laberinto; y decidió que la dejaría fuera de la jaula, no muy lejos de su salida, en vista de que ya se había comprobado que aquellos animales eran capaces de vencer su encierro. En cuanto a los perros, no hizo mayor cosa: mi marido me contó que le escuchó decir que así tenía que ser,

porque los perros representaban la prueba de fuego que los conejos debían superar para ser libres.

Una tarde, varios días después, me detuve a ver los animales ahí encerrados. Como si supieran lo que había pasado con sus dos compañeros de cautiverio, volvieron a estarse quietos. Incluso, me pareció que se alejaron de la salida, por temor a lo que les pudiera pasar si lograban salir. Aunque también -creo yo- era el hambre la que no los dejaba moverse mucho; así que esa tarde, conmovida al verlos, me atreví a darles de comer. Justo cuando lo estaba haciendo, apareció el niño Emilio y me encontró alimentándolos.

Casi me pega. Se puso tan furioso que me dijo que me iba a hacer echar. Me hizo entender, finalmente, que esos conejos no son míos, sino de él.

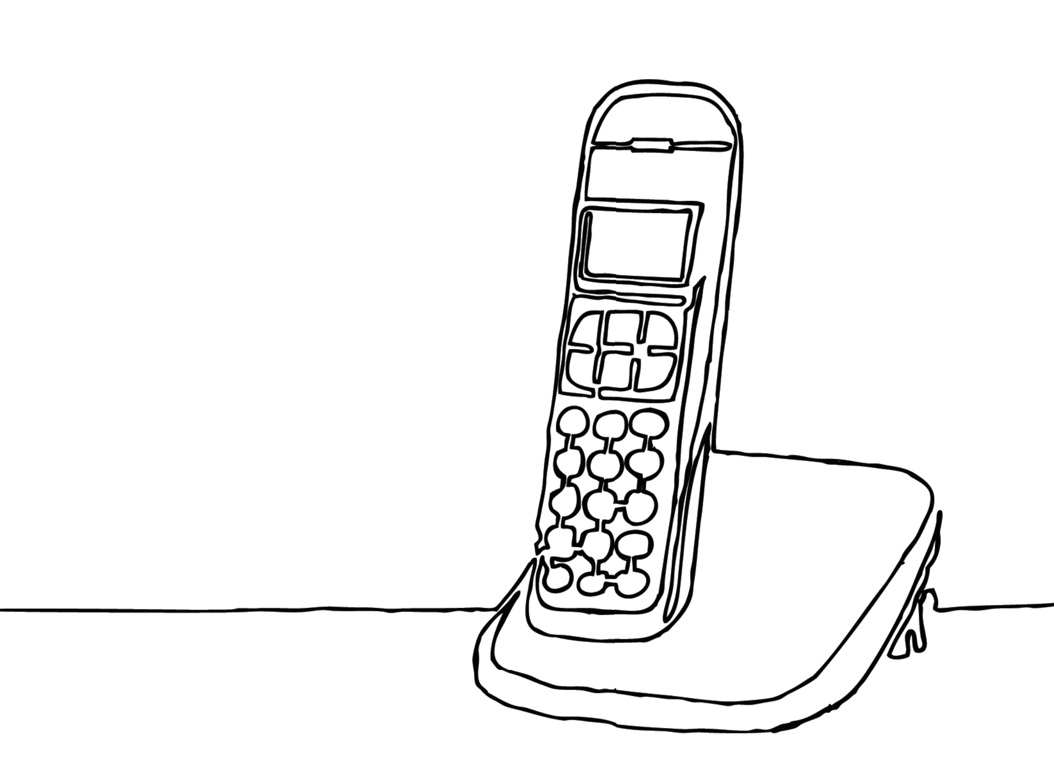
No puedo negar que la idea original suena muy bien y muy bonita: comprar conejos para liberarlos en el bosque y, así, que puedan recuperar su libertad en la naturaleza; pero si a esa idea se le incluye una jaula-laberinto, una alimentación basada en aire y sol, una jauría de perros hambrientos rodeando las cercanías y, sobre todo, la terquedad del niño Emilio, esa idea se vuelve horrible.

De los cinco conejos que quedaban, cuatro murieron de hambre y el otro lo encontramos despedazado por los perros. De nada sirvió -como él creyó- que regañándolos y dándoles unos cuantos golpes con un

periódico, los perros abandonarían su instinto animal. De todas maneras, el niño Emilio ha seguido trayendo más conejos, convencido de que llegará el día en que verá cumplido su sueño.

Los perros son, según he visto, los que más han disfrutado; tanto así que mi marido me ha dicho varias veces que los conejos tendrían mejor final si en lugar de meterlos en el laberinto se los metiera en el horno... Aunque a fin de cuentas, a nadie en esa familia parece importarle demasiado ese asunto. Incluso, el doctor -el padre del niño Emilio- está contento de ver que su hijo, al fin, ha encontrado algo con lo que entretenerse, por más desagradable que sea encontrar, cada dos o tres días, algún cadáver de conejo despedazado o muerto de hambre.

Feliz ganadora



De vuelta en la cocina a la que ella, en ocasiones, parecía deberse, revisó una por una las ollas en las que se escondía el almuerzo que ya estaba terminando de preparar. Probó el arroz para luego apagar la boquilla respectiva, dándolo así por aprobado. Revisó la olla de las papas; y, cuchillo en mano, comprobó que ya no estaban duras, que ya estaban listas también. Luego examinó la carne y concluyó que, al igual que lo demás, no le faltaba más que ser servida en un plato.

Se asomó a la sala y, desde allí, levantó su primer llamado familiar:

–A comer, que voy a servir –gritó, como dirigiéndose a las sillas vacías del comedor de aquel estrecho apartamento.

Su marido, ante el televisor, escuchó aquel llamado, al igual que su hijo, sen-

tado ante la pantalla encendida del computador; no así la hija, que aquel primer llamado no escuchó, por estar concentrada en la conversación que mantenía con un agraciado joven que la había llamado al celular. Igual, ninguno de los tres pareció reaccionar; a fin de cuentas, no era más que el primer llamado.

María Eugenia aprovechó para acomodar sobre la mesa los individuales acompañados por su respectiva servilleta y juego de cubiertos.

Regresó a la cocina y de la nevera extrajo la jarra llena de jugo; de una gaveta sacó cuatro vasos. Todo ello, sobre una bandeja plástica, lo llevó a la mesa; y una vez allí, emitió el segundo llamado familiar, ya no tan alto, aunque ligeramente más enfático. Fue escuchada por su marido y sus hijos; y el hombre siguió viendo el resumen deportivo del noticiero, el joven continuó aniquilando las tropas enemigas que dibujaba la pantalla y la hija no dejó de hablar con el muchacho al que no parecía importarle cuán costosa pudiera llegarle a salir una llamada tan larga a celular.

Plato por plato, con particular delicadeza, María Eugenia sirvió tres almuerzos y, en dos viajes, los dejó sobre la mesa, en sus respectivos individuales; llevó también el pequeño recipiente en el que iba la ensalada que su familia, con frecuencia, parecía no querer ni ver. Tras esto, pasó a hacer el tercer llamado familiar que, a diferencia de los dos anteriores,

se caracterizaba por ser personalizado; y fue hasta su habitación y a su esposo, aún acostado en la cama, aún viendo el resumen de los goles de la última fecha, le dijo que el almuerzo ya estaba servido; luego se dirigió al cuarto de su hijo y a él también le robó unos segundos de atención para darle la noticia de que, de no pasar a la mesa, su almuerzo se habría de enfriar. Con la hija fue un poco diferente, porque ella se hallaba encerrada en el cuarto, sumergida en las palabras y la voz del hombrecito que hacía acelerar sus pulsaciones. Tuvo que esperar a que le abriera la puerta; tuvo que aguantar que su hija, con agresivos gestos, la reprendiera por interrumpir su magna y triunfal alegría; y una vez hubo recibido el mensaje, aquella jovencita -que en menos de tres meses cumpliría veinte años- cerró de nuevo la puerta del cuarto, dando así por terminada, una vez más, toda vida, toda existencia, más allá de aquella voz y de aquellas palabras que acariciaban sus oídos como plumas de ganso real.

Regresó, calma, rumbo a su cocina; y justo cuando atravesaba la sala comedor; justo cuando pasaba junto a la mesita sobre la que descansaba el teléfono; justo en ese instante, sonó aquel aparato; y ella, allí, tan cerquita, no le dejó terminar ni su primer lamento; lo descolgó y, aprovechando que era inalámbrico, continuó su camino a la cocina.

-Aló, buenas tardes -saludó, tomando en su mano libre la cuchara de palo.

—Muy buenas tardes —habló la voz al otro lado de la línea—, ¿tengo el gusto de hablar con la señora María Manrique de Mesa?

—Sí, sí, sí —balbuceó ella, apretando el teléfono entre el hombro y la oreja, sosteniendo su plato cerca a la olla que escarbaba con la cuchara.

—¿Es usted la señora Manrique de Mesa? —insistió el hombre.

—Sí, sí, sí —repitió María Eugenia, dejando el plato, aún vacío, junto a la olla.

—¡Felicitaciones, señora! —exclamó aquella voz— ¡Felicitaciones!

—¿Qué pasó? —fue lo único que atinó a decir, dejando caer la cuchara sobre el arroz escarbado.

—¡Felicitaciones, señora! —repitió el hombre— La estamos llamando para darle una gran noticia. La estamos llamando desde las oficinas de AseArte, la compañía que le ofrece los mejores productos de limpieza del mercado...

—Gracias —musitó ella—, muchas gracias...

—AseArte —continuó aquella voz—, la compañía que hace de la limpieza un arte, tiene el gusto de informarle que usted es la feliz ganadora de nuestro último gran sorteo...

Dando pasitos cortos, sintiéndose más pesada que de costumbre, María Eugenia se dirigió hacia el alto butaco que había en la cocina; y allí tomó asiento.

—Usted, señora Manrique —escuchó María Eugenia que le decía—, es la mujer

elegida para irse de viaje a las paradisíacas costas de Punta Venablo.

–Señor, señor... –titubeó ella, acomodándose en el butaco, con ambos codos apoyados sobre las piernas.

–Así es –siguió recitando el hombre al otro lado de la línea–: Punta Venablo, uno de los balnearios más hermosos con que cuenta este país; destino turístico inevitable de todas las personas que saben darse las mejores vacaciones. Punta Venablo cuenta con un conjunto de playas paradisíacas, en las que usted podrá disfrutar de...

–¿Cuál viaje? –lo detuvo María Eugenia.

Sobrevino entonces un cortísimo silencio, suficientemente largo como para que María Eugenia alcanzara a escuchar el eco del galope de su propio corazón.

–El viaje, señora Manrique –dijo el hombre–, el viaje a Punta Venablo, que usted se ha ganado en nuestro último gran sorteo...

–¿Y yo por qué? –inquirió María Eugenia, sin saber lo que decía.

–¿Qué pasa, señora? ¿Acaso usted no es María Manrique de Mesa?

–Sí, sí, soy yo, pero es que...

–¡No puede creérselo! –exclamó, triunfal, la voz al otro lado de la línea– Así es AseArte, señora Manrique, así es AseArte, la única compañía de limpieza que sí premia la fidelidad de sus clientes...

–Es verdad –susurró ella–: no me lo puedo creer todavía...

—Hoy le ha tocado a usted ser la ganadora —retomó el hombre—, la ganadora de un viaje con todos los gastos pagos a Punta Venablo, uno de los balnearios más hermosos con que cuenta este país...

—¿Usted me está hablando en serio? —lo interrumpió María Eugenia, con tono enfático.

—Claro que sí, señora. ¿Acaso no lo recuerda?

—¿No recuerdo qué?

—Reuniendo cinco etiquetas de productos AseArte y llenando el formulario que circuló en los principales diarios de la ciudad, los depositaba en nuestras urnas, ubicadas en los principales supermercados y tiendas de cadena; y automáticamente empezaba a participar en el sorteo de un viaje para dos a las paradisíacas costas de Punta Venablo, ¿lo recuerda?

—Cinco etiquetas —habló María Eugenia—, el formulario y, luego, a la urna...

—Así es, señora, así es.

—Ya me acuerdo —dijo tras suspirar—: las cinco etiquetas, el formulario, las urnas...

—¡Así es, señora! —exclamó, animada de nuevo, la voz al otro lado de la línea.

—¿Y yo me gané el concurso?

—¡Así es, señora, usted se ganó nuestro premio! ¡Usted es la feliz ganadora del viaje para dos, todo pago, a las paradisíacas costas de Punta Venablo!

—No me lo puedo creer...

—AseArte, la compañía que hace de la limpieza un arte, premia su fidelidad

con un viaje todo pago a Punta Venablo. Durante cinco días y cuatro noches, usted y su acompañante podrán disfrutar de las hermosas playas, el hermoso mar...

María Eugenia no había mentido al decir que no podía aún creer que había ganado el sorteo; aquel sorteo en el que ella, como a tantos otros, había entrado a participar, más por buscarse una ilusión que por encontrarse un premio. Pero tanto lo repetía el hombre al otro lado de la línea que, con su insistencia, había logrado erodar la incredulidad de María Eugenia, allí sentada, en la cocina, sobre el alto butaco.

–¿Y yo cómo sé –preguntó, desde su latente escepticismo–, yo cómo hago para saber que usted no me está diciendo mentiras, que usted sí me está diciendo la verdad, que yo sí me gané ese viaje a Punta Venablo?

El hombre, al escuchar la pregunta, rio de buena gana.

–No se preocupe, señora –habló tras la risa–, esto no es ninguna broma...

–¿Y yo cómo sé?

–Su nombre completo es María Eugenia Manrique de Mesa; nació el veinticuatro de julio de mil novecientos sesenta y dos, en esta ciudad...

–Sí –confirmó.

–Según el formulario, usted vive en la carrera treinta y dos bis, número veintiuno cuarenta y uno; interior siete, apartamento trescientos tres. ¿No es así?

–Sí, sí...

–Y su documento de identidad es cincuenta y dos millones, ochocientos doce, tres veintidós...

–Sí, sí –habló María Eugenia, cayendo herida de muerte su incredulidad.

–Si desea –continuó el hombre, evidenciando su aire triunfal–, puedo leerle el acta levantada por la instancia encargada de vigilar rifas, concursos y sorteos, en la que se dice que usted, María Manrique de Mesa, es la feliz ganadora de un viaje, todo pago, a las encantadoras playas de Punta Venablo.

–No, no es necesario –balbuceó avergonzada.

–No se le olvide –arrancó, una vez más, la voz al otro lado de la línea–, no se le vaya a olvidar que el viaje a Punta Venablo está previsto para dentro de poco más de dos semanas; diecisiete días, para ser exacto. La salida está programada para el martes veintitrés de mayo; y el regreso para el sábado veintisiete de mayo.

–¿Y qué tengo que hacer ahora?

–Es muy fácil, señora Manrique, es muy fácil: entre el lunes y el miércoles de la próxima semana, debe pasar por las oficinas de AseArte. Debe ir con su acompañante; y debe traer fotocopia de la cédula suya y de la de su acompañante...

–Mi acompañante –murmuró María Eugenia.

–AseArte no solo le ofrece la oportunidad a usted de vivir cinco días y cuatro noches en Punta Venablo; sino que además

le brinda la oportunidad de compartir su premio –guardó medio segundo de silencio, quizás sonriendo–; así es AseArte, que no solo premia a sus clientes más fieles, sino también a las personas más cercanas de nuestras clientes más queridas...

–¿Y tengo que elegir a alguien en especial?

–Elija –habló el hombre– a quien usted prefiera. La única condición es que sea mayor de edad y la acompañe, entre lunes y miércoles, a las oficinas de AseArte, llevando la fotocopia de la cédula.

–Muchas gracias –dijo María Eugenia, sintiendo las fisuras de su propia voz conmovida–, muchas gracias de verdad...

–Así es AseArte, señora Manrique, la compañía que de la limpieza hace un arte.

Ambos guardaron silencio por un instante. Luego, el hombre volvió a la carga:

–No vaya a olvidarlo: entre el próximo lunes y el próximo miércoles la esperamos aquí, con su acompañante y las fotocopias de las cédulas. Y véngase preparada, porque le vamos a sacar algunas fotos. Recuerde que la salida está programada para dentro de diecisiete días...

–No lo olvidaré.

–No puede hacerlo.

Con una cordialidad poco frecuente en ella, María Eugenia se despidió del hombre, sin escatimar en palabras para agradecerle a él y a AseArte la noticia y el premio entregados. El hombre, por su

parte, repitió, por última vez, todas las instrucciones a seguir, deseándole, para finalizar, un feliz viaje y un resto de fin de semana muy agradable.

María Eugenia se bajó del alto butaco y, lentamente, fue regresando a su realidad, a su cocina. Retomó el plato; retomó también la cuchara de palo. Se sirvió el arroz. Se sirvió dos papas. Se sirvió el trozo de carne que aún descansaba sobre el perol.

Suspiró, como quien acaba de pagar una deuda; y de a pasitos se dirigió a la sala, en una mano el plato, en la otra el teléfono inalámbrico.

Puso el aparato en el sitio y el plato en su puesto, sobre la mesa. Se sentó y se quedó mirando la sala comedor, cual si el apetito que tenía minutos atrás nunca hubiese existido. Miró la mesa y vio los tres puestos vacíos; notó que su familia, que su marido, que su hijo, que su hija, que cada uno, en algún momento, sin que María Eugenia lo viera, había tomado el plato, se lo habían llevado, para almorzar en otra parte; no en aquella sala, no en aquel comedor, no con ella. Y el apartamento, pese a sus reducidas dimensiones, se le hizo a María Eugenia gigantesco; fue ahí que sintió la distancia, aquellas pequeñas distancias, como una herida abierta, como una herida en mitad del pecho.

María Eugenia había perdido el apetito. Su hambre se convirtió en tristeza; y su tristeza en llanto; y de sus ojos

brotaron lágrimas de soledad, lágrimas de feliz ganadora que no tiene con quien compartir ni la alegría ni el premio que se acaba de ganar.

Amanda



Prefacio

No es fácil, en estos tiempos, hallar a quien amar más allá de uno mismo. Está claro que, con algo de dinero, se puede conseguir un bonito cuerpo, customizado a gusto, que nos ofrezca placer a nuestra medida. Además, mientras sea legal hacerles daño, e incluso destruirlos sin mayor razón, lo único imprescindible es tener suficiente dinero para mandarlo a hacer y energía con la que mantener su batería cargada.

También es cierto que hablo desde mi posición. Hay personas, muchas personas, en este mundo y en esta ciudad, que jamás tendrán cómo adquirir un *ser amado*, mucho menos uno de buena calidad y bien terminado.

1.

Nos conocimos trabajando en la campaña publicitaria *Bogotá: 500 años de Juventudes*. Yo era creativo junior; y mi labor consistía en generar imágenes que impulsaran y fortalecieran el mensaje y la intención del lema de la campaña. Ella estaba en el área de comunicaciones; no salía de las redes, permanecía -debía permanecer- conectada el mayor tiempo posible, publicando y comentando.

Hablamos por primera vez pocos días antes de que Bogotá cumpliera su primer medio milenio. Cansado, molido, a eso de las nueve de la mañana, yo salía rumbo a casa, a dormir, sabiendo que debía estar de vuelta a más tardar a las seis. Nos cruzamos en el ascensor. Ella, ojerosa -que se le notaba pese a llevar gafas de lentes oscuros-, ligeramente encorvada y de respirar pesado, se despidió de mí al salir rumbo a la calle. «Hasta luego, feliz día», fue lo que dijo. «Hasta pronto -contesté-, que descanses». Ella se detuvo un instante, giró su rostro para observarme, sonreírme y responder: «Lo mismo».

Qué mujer tan bella, pensé. Alguien debe estar esperándola en la casa, para acompañar su sueño y despertarla -cuando llegue la hora- con un buen polvo.

El cansancio no me dejó pensar mucho más. Dormí como quien sabe el sueño urgente. Dormir se parece a desconectarse, más cuando no se recuerda lo que se sueña. Es una suerte de pequeña muerte,

íntima, silenciosa, ideal cuando es cotidiana.

Dormí. A las seis de la tarde estaba de vuelta en la oficina. Es increíble que más de la mitad de mi trabajo consistiera en hacerle ver a otros que "estaba trabajando". ¿En qué siglo estamos? Ya lo sé, pero es que todo mi trabajo podría haberlo hecho sin salir de casa. Aunque en casa no rinde. Todo jefe lo sabe. No hay como el control social. No basta con estar conectado. Hay que estar ahí, para que se sepa, para salir en el estríming, para que no haya cliente que crea que nuestro trabajo es hecho por máquinas contraladas desde casa.

A eso de las ocho fui al baño. Camino a mi puesto, ella volvió a aparecer. Tenía las pupilas deliciosamente dilatadas, su boquita entreabierta y temblorosa, su ojo izquierdo un poco desviado hacia el centro. La saludé. Ella me vio y, sin mediar palabra, desembocó en mí un abrazo energético, de los que parecen abismos a los que entregarse sin dudar.

Tal vez fue ese el culmen de nuestro amor. Allí habríamos podido terminarlo todo. Lástima que ninguno de los dos llevara en sus costillas un chaleco cargado de explosivos que se activara con el abrazo. Reitero: habría sido la muerte feliz, muy feliz, así de nuestros cuerpos no hubiera quedado ni pa recoger con cucharita.

2.

La celebración de los 500 años de Bogotá, aquel viernes 6 de agosto de 2038...

Ese día yo también cumplí, pero no años, sino días, 8000 exactamente; y al cabo de unas semanas, cumplí 22 años. Ella era un poco mayor que yo, me llevaba unos 400 días.

Aquel viernes hubo una gran fiesta en la agencia. Fue la ocasión que tuvimos de conocernos, entre las más de ciento cincuenta personas que habíamos trabajado en la campaña, tanto desde Bogotá, como desde otras ciudades.

Todo había salido bien. No muy bien, simplemente bien. Nuestra campaña quedó en segundo lugar; la ganadora fue, pese a la polémica, o quizás debido a ella, la campaña *Bogotá: 500 años de resistencia*, que el gobierno de la ciudad tomó como lema propio y sacó con él una serie de productos y aplicaciones.

Creo que la campaña *Bogotá: 500 años de resistencia* logró ganar porque supo apelar a recuerdos ciertamente trágicos, en particular del terremoto del 21 de agosto de 2021 (mejor conocido como #BOG21821). En aquel entonces yo era muy pequeño, pero tengo un montón de imágenes y videos que registran cosas poco agradables...

Nuestra campaña no ganó. Sin embargo, el portar *Turismo Bogotá* compró todos los derechos de uso y difusión. Esto significó, para casi todos los empleados de la agencia, un pequeño pago extra.

Además, dicho portal se encargó de mover nuestro imagotipo por todas partes.

Para mí, visto en retrospectiva, fue una primera gran consagración. La agencia quedó satisfecha con mi trabajo. Yo quedé un poco destrozado físicamente; aunque no le di mucha importancia. Pude descansar un par de semanas, salir de la ciudad; y hacerlo bien acompañado.

3.

En el tercer lugar -en la competencia- quedó el lema *Bogotá: 500 años de Patrimonio*. Era la campaña del gobierno. Le metieron muuuuuucha plata. Lo que nunca imaginaron fue la forma como el público la recibió y, sin tardanza, la alteró para hacerla objeto de burla. Primero fue *Bogotá: 500 años de Matrimonio (no hay quien lo resista)*. Luego: *Bogotá: 500 años de Patrimonio Embolatado*. La estocada que, para mí, fue la que quebró la credibilidad de esa campaña, fue *Bogotá: 500 Años Pal Demonio*.

No sé por qué cuento todo esto. Venía diciendo que la conocí en una agencia de publicidad que, un viernes de agosto de 2038, organizó una enorme fiesta en la que tuve oportunidad de hablar con ella, al calor de estimulantes sustancias; y reír y contarnos nuestras vidas; y brindar y hacernos preguntas trascendentales, para terminar besándonos como si no hubiera mañana.

Decidió quedarse a desayunar conmigo, algo que no esperé que ocurriera, ya que

no le quedaba difícil conseguir cómo regresar a su casa en cualquier momento de la madrugada.

Debo confesar que sus ronquidos me derritieron. Eran ronquidos de gata agripada. Tanto la miré, allí, dormidita en mi cama, desnuda envuelta en mi misma sábana, que creo que fue mi mirada la que terminó despertándola.

Lo primero que dijo al despertar fue: «¿Vives aquí solo?». «Sí», respondí de inmediato. En ese estrecho apartamento llevaba desde enero de ese año. Aún no terminaba de sentirlo familiar; pero buen provecho, cada tanto, había podido sacarle. Para la muestra, Lucía, la bella chica que desnuda compartía sábana y nuevo día conmigo.

Sé que sueno neorromanticón. Soy de los que opinan que hay que dejar que el olvido haga su trabajo y se lleve todo lo desagradable vivido. Que lo devore y, a cambio, deje recuerdos perfumados, de los que no requieren ser demasiado creíbles. En otras palabras, no hay por qué preocuparse por guardar los malos recuerdos.

Da igual. Venía diciendo que esa mañana desayunamos; mientras compartíamos besos y alimentos nos llegó el anuncio oficial de que el portal *Turismo Bogotá* había decidido comprar completos -dígase exclusivamente- los derechos de nuestra campaña. Eso significaba, en menos palabras, que recibiríamos un pago extra, a modo de bonificación, por el esfuerzo hecho y la energía puesta.

No lo pensé antes. Simplemente se me ocurrió y se lo propuse ahí, así, a quemarropa. «Con ese dinero extra, vámonos de paseo a alguna parte». Para no parecer que estaba ofreciendo matrimonios disfrazados de luna de miel, aclaré: «Podríamos armar grupo. Sé de otras personas que también tendrán razón y medio para salir en estas fechas».

Está claro que no se lo dije de forma tan sintética. Estuvimos hablando de ello hasta que empezó el hambre del almuerzo. El apetito obligó a cambiar de tema. Yo sugerí: «Pidamos algo». Ella preguntó: «¿Algo para cocinar o para comer?». «¿Qué prefieres?», cedí. «Tengo hambre, mucha hambre».

Gasté una pequeña fortuna en el banquete que nos dimos. Incluso pedí vino y algo con que llenar la pipa. El vino no salió muy bueno; pero igual reímos como si todo nos hiciera cosquillas.

Pasamos diez días en el vecino Casino Paraíso y sus alrededores. Desde el comienzo estuvo claro que el viaje no nos hacía pareja. En cualquier momento, cada quien podía decidir irse con otra persona, sin necesidad de mayor explicación. La única condición era avisar.

En esos diez días no tuvimos sexo con nadie más. Simplemente nos disfrutamos, como pasa con las series. No hay que ser profeta chino para saber que *Todo tiene su final*.

La última noche me confesó que empezaba a sentirse vieja. Se sabía exagerando,

pero sus razones tenía para empezar a temer cierta obsolescencia. En enero siguiente, cumpliría 23. «Después de los 27 –aseguró– es muy difícil, a no ser que ya tengas una marca consolidada».

Luego me contó que ella, desde muy pequeña, soñaba con ser cantante o actriz. Antes de poderla cuestionar o apoyar, agregó que cualquiera podría lograrlo en la actualidad, esa actualidad. Ella quería ser algo más, algo como una amiga de la generación que habría de reemplazarla. «Sueño que me tengan en cuenta», confesó poco después de que la cena terminara, diciéndolo en voz baja, casi sin abrir la boca, como quien suelta un gósip. «Tienes a favor tu belleza», dije. «La belleza –respondió– no dura, es una erección». «Dura lo que dura dura», completé. Ambos reímos. Agregué que siempre habría con qué despertar lo dormido. Ella, entre amarga y coqueta, remató: «Si una flor no marchita, no es flor de verdad».

Al regresar a Bogotá, seguimos viéndonos. No con demasiada frecuencia, aunque con la suficiente para hacerme creer que algo estaba surgiendo entre ambos. Algo que podría, con el tiempo, volverse serio, sin necesidad de ser formal.

Antes de concluir el 2038, tanto ella como yo recibimos ofertas increíbles que decidimos aceptar. A mí me llamaron de una agencia de publicidad muy reconocida, para trabajar como supervisor de creativos junior. A ella, un galán forá-

neo, conocido en las redes, le propuso matrimonio con casa, carro y beca incluidos.

Ocurrió casi al mismo tiempo. Para cuando comenzó el 2039, ella ya había partido y yo ya estaba sumergido en el trabajo de la agencia.

Al despedirnos, acordamos no buscarnos. Debo confesar que acepté dicho pacto convencido de que ella no tardaría mucho tiempo en estar de vuelta en Bogotá.

Después de Lucía estuve con no pocas chicas. Mi buen salario me permitía ser buen seductor. El problema fue que, de manera creciente, crecientemente insoportable, las mujeres me resultaron insípidas, muy insípidas...

5.

El lunes 6 de agosto de 2044 cayó festivo. Desde 2038 se había declarado ese día como festivo turístico en el calendario de la ciudad. Aproveché entonces para ir a la sede física de *BrainIt*. Necesitaba actualizar algunas aplicaciones y, sobre todo, cotizar una ampliación de mi capacidad. Lo primero habría podido hacerlo desde casa; aunque no viene mal ahorrar un poco con los descuentos de las tiendas presenciales. En cambio, cuando se trata de cotizar una ampliación de capacidad, es siempre recomendable consultar directamente al personal cualificado, que conozca muy bien los pasos del procedimiento, así como su costo, sus beneficios y todo lo que tenga que ver con el post operatorio.

Decidí ir al *BrainIt* solo, es decir, sin Amanda, que dejé en casa cargándose. ¿Quién habría podido imaginar que me encontraría por casualidad con quien inspiró mi Amanda? No es habitual ni normal que en una ciudad de veinticinco millones de habitantes, dos personas que llevan cinco años sin verse se crucen por coincidencia. Además, en pleno cumpleaños de Bogotá, como si la ciudad quisiera decirnos algo.

Nos reconocimos de inmediato, aunque tardé un rato en empezar a creérmelo. Sinceramente hablando, temí estar ante alguna jugarreta de mi sistema operativo. No fue así. Era ella, de carne y hueso, tanto o más bella de lo que la recordaba. También se sorprendió; incluso preguntó si venía siguiéndola. Respondí con un «Todo lo contrario» y una sonora carcajada. «Aunque me alegra volver a verte», completé.

No me creyó cuando le dije que estaba allí, en esa tienda, buscando algunas actualizaciones. «Nadie sale de casa simplemente para conseguir una actualización de aplicaciones. Menos tú, que imagino que los descuentos no son razón para moverte». Acepté. Dije que tenía ganas de salir, aprovechando el día libre. Mis canas podían demostrar que mi estilo de vida no estaba basado precisamente en la contemplación.

Le pregunté qué hacía ahí, en esa tienda, en esta Bogotá. «Decidí pasar un par de días en mi ciudad natal. Donde vivo hace

mucho frío; y algunos días de calorcito local no caen mal».

No lo pensé, solo pregunté: «¿Por qué no avisaste que estabas acá?». Ella, como quien detiene el balón con el pecho y, sin dejarla caer, dispara, contestó: «Algo me dijo que nos íbamos a encontrar». Luego, ante mi silencio, insistió: «¿Qué viniste a comprar?». Le confesé algo similar a lo que ella me confesó años atrás, aunque en otros términos. Dije que quería estrenar ampliaciones de mi capacidad antes de cumplir 30 años. «Yo también quiero darme un buen regalo —repuso—, pero todavía no me decido».

6.

Salimos del *BrainIt* rumbo a un apacible —demasiado apacible— café, en el Chapinero neocolonial.

No logré callármelo. Poco antes de terminar cada uno su primera bebida, cuando creí ver cómo se cernía la amenaza de una nueva despedida definitiva, no aguanté lo que, una hora antes, me había prometido no contarle a Lucía.

«Hay algo importante que aún no te he contado. No vivo solo. Comparto mi casa con Amanda». Lo primero que ella preguntó fue dónde la había conocido. Y yo, tercamente idiota, respondí que la había mandado a hacer; además, añadí que no me había salido barata, aunque el hecho de llevar con ella poco más de un año me hacía concluir que había sido una buena inversión.

Al escucharme, su gesto cambió radicalmente. Un brillo se encendió tras los lentes de sus gafas. Preguntó: «¿Tienes fotos de ella?». Respondí: «Puede que se te haga familiar». Ella se hizo la que no entendía y exigió nuevamente imágenes de Amanda. Yo, hecho baluarte de la estupidez humana, caí: «Lo mejor es que la conozcas. Espero que logren llevarse bien».

Antes de llegar a mi casa, nos detuvimos en un expendio y cada quien compró lo que consideró necesario para esa noche que pintaba cada vez mejor. Al llegar a casa, una vocecita anónima en mi cabeza me aseguró que estaba a punto de vivir una experiencia intensa, desconocida y buscada.

Recostada en un sofá yacía Amanda cargándose. La saludé, ella se levantó, me dio un gran beso y luego, como si dentro de ella hubiera más que cables y circuitos, dijo al ver a Lucía: «Bienvenida. Espero ser una copia digna». Lucía -tal fue su sorpresa- se quitó las gafas; y como quien examina la piedra filosofal, se acercó a Amanda, para detallarla. Preguntó si podía tocarla. Luego, al empezar a hacerlo, lo primero que exclamó fue: «Las tiene más grandes de lo que las tuve cuando tuve a Sven».

Debo confesar que me sorprendió que mi fantasía sexual fuese compartida por Lucía y por Amanda (bueno, Amanda no estaba programada para negarse a ninguna de mis fantasías sexuales); y confieso también que, en mi fantasía, era yo

quien tomaba la iniciativa. No fue así. Después de recorrerla con su tacto y su vista –incluso con su olfato–, Lucía pasó a besar a Amanda, a lo que ella, sin consultarme, accedió complacida.

Lo que vino después fue la fantasía cumplida; o, si cabe, algo incluso mejor. La mejor noche de mi vida, la noche propicia para el Apocalipsis. Hubo un momento en el que no supe cuál era Lucía y cuál Amanda. Fue una sutil cicatriz, en el bajo vientre, la que me permitió distinguir a la humana de la máquina.

A la mañana siguiente, Amanda preparó un desayuno especial. Aunque nada más especial que haber dormido con Lucía y Amanda, cada una a uno de mis costados. ¿Quién habría podido creer, 24 horas atrás, que todo lo ocurrido pasaría?

Tras desayunar, Lucía me comentó que le quedaba una última noche en Bogotá. Añadió: «Quiero pasarla aquí –entiéndase con Amanda y yo–, espero que no haya ningún problema». ¿Qué problema podía haber? Incluso me comprometí a recogerla al salir de mi trabajo.

Ese día –martes 7 de agosto, festivo también, pero que no tuve libre–, todo en la oficina me olía a buen sexo. No había mucho que hacer, así que dediqué no pocas horas a planear la fantasía de esa noche.

Recogí a Lucía a la hora y en el lugar acordados. Lucía incluso más bella que el día anterior.

Físicamente, Amanda y Lucía se parecían muchísimo. Reitero: Amanda no me salió

barata. Sin embargo, muchas cosas cambian en la apariencia de una persona en 5 años. Tal vez eso había sido lo más especial –me atrevería incluso a calificarlo como mágico– de la noche anterior: Haber cogido y dormido, a la vez, con el bonito pasado y el dulce presente, sin que el futuro dejase de ser incierto.

Al llegar, Amanda nos recibió con un banquete servido sobre su cuerpo desnudo. No tardamos en dar cuenta de los delicados manjares, hasta lamer a Amanda como si fuese el fondo del grial más santo.

Todo estaba saliendo tal como lo había planeado, hasta que Lucía se ajustó un cinturón del que pendía un enorme pene de goma; y mientras penetraba a gusto los orificios que Amanda, en cuatro, le ofrecía; yo, mirándola, disfrutaba del Blowjob Plus –o BJ+– actualizado de mi muñequita de placer.

Desde que ciñó a su cintura ese horrible pene gigantesco –siempre enhiesto–, Lucía no se volvió a dejar penetrar. Ni siquiera por la boca. La dejé ser. Un buen neorromanticón disfruta cuando su ser amado disfruta.

Sin embargo, no toleré quedarme por fuera. Era la última noche de Lucía en Bogotá. Nada –absolutamente nada– podía garantizar un nuevo reencuentro. Es cierto que ese ya era el tercero coincidencial (el primero en el ascensor, el segundo a la entrada de los baños de la agencia; y el tercero en el *BrainIt*, un día atrás); pero repito: Nada garantiza-

ba un nuevo reencuentro y nuestro pacto («No nos buscaremos») seguía en pie.

Decía que era la última noche de Lucía y yo juntos. ¿Acaso no tenía derecho a querer pasarla como aquella última en el vecino Casino Paraíso?

Tras minutos de observarlas, estornudé. Esa fue para mí la señal. Empecé a acariciar la espalda de Lucía, que en ese momento se hallaba en pose de misionero sobre el cuerpo entregado de Amanda. En las yemas de mis dedos, al tocar su piel sudorosa, percibí rechazo. Insistí. En mi casa mando yo...

Intenté infructuosamente tres veces más. Me decidí a buscar la atención de Amanda. Empecé a besarla, primero una mano, el brazo, el hombro, el cuello; y luego la mejilla, los labios. Amanda pareció un poco confusa, pese a que su modesto sistema operativo no le daba para manifestar tales estados.

Insistí con Amanda; pero eso no duró mucho. «Deja que me despida de ella», exclamó con ira Lucía, dándome un empujón que me mandó al piso. Su orden fue perentoria; y Amanda no hizo nada para defenderme. No estaba programada para ello, sino solo para dar placer.

Me quedé observándolas una vez más, manteniendo la erección con el movimiento de la mano. Esperé. No hay despedidas eternas. Tampoco paciencias eternas; y mi paciencia no tardó en extinguirse; y mi cuerpo se abalanzó sobre ellas, para ser parte de tanto placer. Pero no hubo

placer; con un rápido movimiento, Lucía aferró mi muñeca izquierda y la giró de una forma tal que causó en mí inmediato e intensísimo dolor, dejándome a su merced.

Torcida aún mi muñeca por su mano, me advirtió: «Si nos vuelves a interrumpir, no será la muñeca lo que te tuerza». Finalmente me soltó y agregó –como quien añade una patada en el piso–: «De ti me despido mañana».

7.

Fui yo quien preparó el desayuno a la mañana siguiente. Sabía que la noche –la fantasía– había salido mal; o, al menos, no como estaba prevista por mí. Aún podría haber un epílogo que salvara la historia.

Se tomaron su tiempo en acudir a mi llamado. Lucía no se podía quedar sin su buen mañanero. Qué estrecho y, a la vez, qué amplio sentí mi apartamento.

Amanda se quedó en la alcoba, cargándose. Lucía, cubierta por una sábana blanca, se sentó a la mesa y empezó a comer mecánicamente.

«¿Y qué tal la noche?», pregunté, navegando el rompehielos. «Es una gran idea –masculló sin dejar de masticar–. Ya sé por qué nos encontramos: siempre das grandes ideas». Guardé silencio. «¿Qué hora es? –exclamó– ¿Qué hago aún acá?». Tomó sus cosas. Tardó unos minutos en alistarse para salir. Qué bello verla ojerosa...

—Disfrútala —rio, entre dormida y cínica—; aunque no tengo que decirlo: Llevas más de un año sabiendo reemplazar con una copia este original —con ambas manos se agarró las tetas—. Gracias, será decir, por permitirme descubrir que, para mis 30, me voy a regalar una como yo. Eso sí, tendrá cositas que la tuya no tiene. Pero no te negaré que es una buena copia, buena para ti, por supuesto. Más de un año, eso es todo un récord...

No sé en qué momento dejé de escucharla, por mi bien. Recuerdo que reiteró lo de mi capacidad para darme por satisfecho con una copia bastante perfectible.

Finalmente se fue. Le dije adiós. Ni siquiera se me ocurrió preguntarle por mi despedida. Me molesta mucho que, por más ampliada que tenga mi capacidad, no logre reaccionar sino hasta mucho después. ¿Qué es aquello de mí que debo cambiar (o al menos actualizar) para no seguir estando y sintiéndome tan poco bien acompañado?

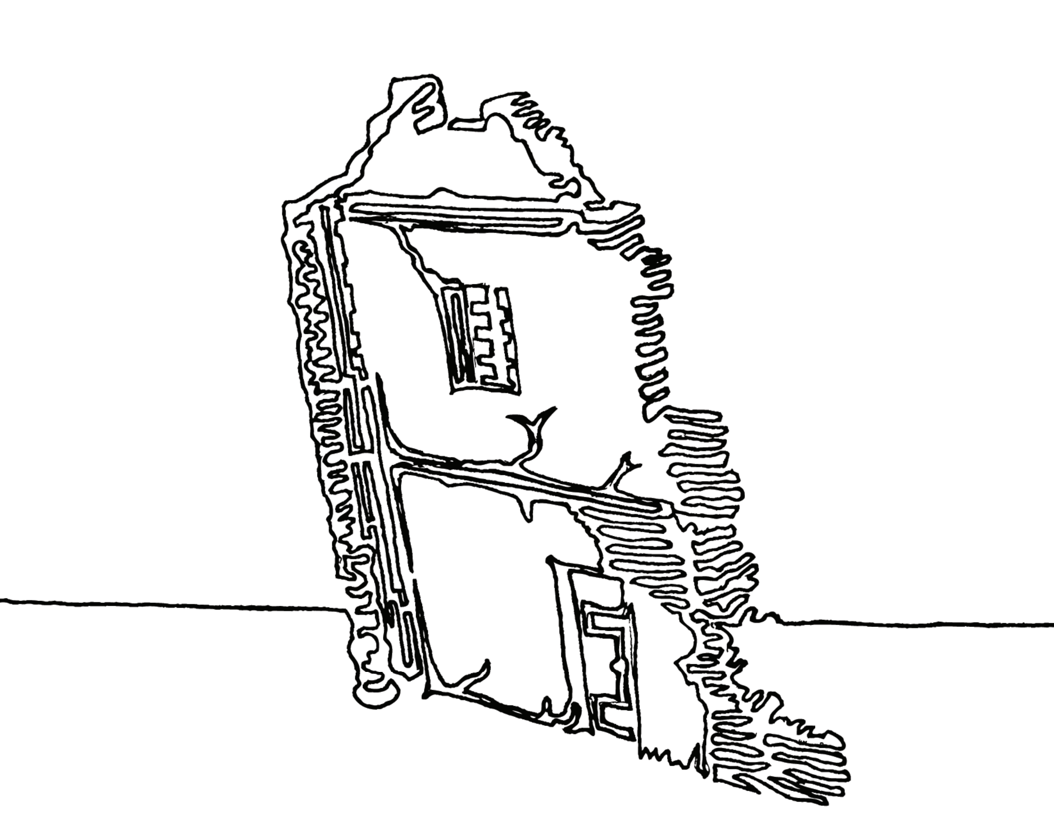
Epílogo

Debí habérsela regalado, que se la llevara consigo. Habría sido lo más sensato, también lo más neorromanticón. Habría quedado como un príncipe. Pero ni siquiera se me ocurrió. Dejé que Lucía se fuera, manteniendo firme el pacto de no buscarnos.

Ver a Lucía irse no hizo que la herida causada por sus últimas palabras dejara de sangrar. Sangraba. Esa sangre

no tardó en manchar también a Amanda. Está claro que esos aparatos no tienen sangre, tampoco huesos. Bajo su amable recubrimiento se esconde una sólida estructura llena de cables, circuitos, cámaras y demás, que tardé casi dos horas en destrozar con mis propias manos, que terminaron manchadas de sangre, solo sangre mía.

Estas extrañas ruinas



Estas extrañas ruinas que usted puede apreciar aquí y allá, no me lo va a creer, eran celdas penitenciarias en las que fueron encerrados buen número de presos, algunos de ellos de lo más peligroso, todos culpables de algún tipo de crimen atroz, lo que justificó su encierro justamente ahí, en estas celdas construidas en campo abierto, todas y cada una de ellas individuales y estrechas, de las que no quedan más que estas extrañas ruinas que usted aquí ve.

Tampoco me creerá que tardaron casi una década en construirlas; y avisaron solo al cabo de la obra que aquellas curiosas celdas construidas en la mitad de un enorme parque de la capital no eran, como se pensaba y como algunos habían dicho, un complejo subterráneo de ofici-

nas con ascensores hacia la superficie, sino una modernísima cárcel que contaba con celdas tanto debajo de la tierra, como en mitad del parque, casi al aire libre.

Cuando las celdas empezaron a funcionar como tales, fueron reconocidas casi de la noche a la mañana como una de las principales atracciones de la ciudad, convirtiéndose en un punto ineludible para toda ruta turística que se detuviera a recorrer la capital. Día y noche, noche y día, gente siempre había mirando al preso, allí encerrado, en su celda estrecha, sentado en la cama o yendo de un lado al otro. Se los podía ver, a los presos, porque la celda, protegida con amenazadoras rejas, era toda de vidrio polarizado que al tiempo que permitía ver el interior de la celda y su prisionero, le impedía al allí confinado saber qué había más allá de aquellas paredes de espejo que lo encerraban.

Ese primer tiempo no duró mucho, ya que no tardaron en aparecer voces, cada vez más poderosas y numerosas, exigiendo que no se encerrara a nadie más en ninguna de aquellas celdas tan públicas; no solo por el presunto riesgo de una fuga, sino también porque se trataba de una práctica brutal en contra del reo, al ponerlo a disposición de la mirada burlona, altanera y abusiva de la población general.

Tuvieron esas celdas que ser, entonces, nuevamente desocupadas; y luego, muy poco tiempo después, ocurrió que aparecieron

otras voces, de grupos más pequeños pero más numerosos; voces que se levantaron contra la desocupación (de las celdas), contra la ausencia de presos que observar, que seguir en vivo y en directo, incluso como plan familiar, gratuitamente, una tarde cualquiera, de paseo por el parque. Más de un importante medio hizo eco de estas manifestaciones; hasta que un día como cualquier otro, fue desarticulada una significativa parte de una temible y terrible banda terrorista, que llevaba años azotando con su crueldad a la población; y, al día siguiente, en vivo, ante un nutrido público, un importante hombre del gobierno afirmó que el mejor lugar para encerrar a aquellos bandidos terroristas no era otro sino el Gran Parque, es decir, estas celdas, para que la gente pudiera observarlos, vigilarlos voluntariamente, ver cómo se comportaban cuando estaban desarmados y solos, encerrado cada uno en su respectiva celda estrecha e individual.

El ciertamente macabro historial de algunos de los miembros capturados de aquella cruel banda terrorista, con mucho, sirvió como justificante suficiente para el gobierno ante la amplia opinión pública; tanto así que, en menos tiempo de lo que habría sido normal, las celdas volvieron a ser ocupadas y visitadas y reconocidas como atracción turística de la capital. Cada celda, entonces, en su parte externa, fue marcada con el nombre del preso, colocándose además, cerca de la

celda, un aviso en el que el público espectador podía enterarse, con precisión, de los crímenes y delitos por los que, cada preso habitaba, encerrado y solo, su respectiva celda individual.

De nada les sirvió, a las primeras voces de protesta contra el uso de dichas celdas, volverse a levantar. El gobierno se sentía satisfecho al haberles encontrado tan provechoso uso y la población, según las periódicas encuestas realizadas, manifestaba insistentemente estar de acuerdo con que, en dichas celdas, se encerrara a tan peligrosos y crueles hombres.

Pasaron algunos años. Cada tanto se levantaban voces contra el uso de aquellas celdas; pero las encuestas respondían, de manera contundente, que, pese a no ser la práctica más humana, la crueldad de dichos presos justificaba tan ejemplar castigo, que implicaba ser encerrado a la vista del público, sin poder ver de qué se estaba rodeado.

Quizás el mayor atractivo de estas celdas -habrá pensado usted- era ver, sin miedo a ser visto, a un tipo demostradamente cruel y peligroso, desarmado, solo, encerrado en esa celda estrecha. Pero eso no era lo más llamativo; incluso, bien podía pasar a segundo plano la pretérita crueldad y peligrosidad del preso, siendo lo más llamativo el lento proceso de enloquecimiento progresivo que, en su aislado encierro, a la vista constante de la población que se reunía a observarlos,

dichos hombres fueron desarrollando, uno a uno, sin importar ya lo que habían llegado a hacer y a ser estando en libertad.

La gente se reía; y no era para menos. Causa gracia ver a alguien hablando solo, haciendo muecas o yendo de un lado al otro, a las tres de la mañana, susurrando palabras ininteligibles enfáticamente. No podía dejar de ser llamativo, y muy gracioso, observar a aquellos personajes, allí dentro, haciendo las caras que hacían; gritando, en ocasiones, desesperados, tan inofensivos, tan hilarante su sola situación, de convivir consigo mismo, soledad rodeada y observada por tantos afuera, más allá del vidrio polarizado que, desde adentro, se veía como un espejo.

También llamaba la atención del público verlos comer, verlos dormir, ver las muecas que hacían al acudir al pequeño inodoro ubicado en un rincón. Más de una voz, incluso, se levantó para sugerir que se les permitieran a esos presos ciertas visitas conyugales, para disfrute tanto del reo como de la comunidad que vería cómo era que hacía, un hombre de esos, al estar en la intimidad. Pero no tuvo mayor impacto esta sugerencia; verlos enloquecer, tan lentamente, justificaba la visita a este parque, superaba con creces cualquier otro acto, por sexual que fuera.

Desde antes de que las celdas fueran terminadas y puestas en funcionamiento, este parque era conocido como el Gran Parque, no solo por ser muy grande, sino

también por estar situado dentro de una céntrica y boyante zona de la capital. Pero luego, se regó el rumor de las oficinas subterráneas; y cuando la construcción empezó, comenzaron a llamarlo Parque Hueco, por la increíble tronera que abrieron para llenarla supuestamente de oficinas, pasillos y ascensores. Igual ese nombre no duró mucho. Hasta la inauguración de las celdas individuales se mantuvo su nombre original: Gran Parque.

Luego, con el arribo de los primeros presos, el parque empezó a adquirir diversos nombres, todos ellos relacionados con la modernísima prisión en él construida. Nombres como Parque Celdas, Parque Prisión, Parque Penitenciario, entre otros. Más adelante, con la reapertura de las celdas y el encierro en ellas de cuarenta y siete miembros de la temible y cruel banda, algunos empezaron a llamarlo Parque de los Terroristas.

No sería su último nombre, ya que esos terroristas enloquecidos no fueron los últimos habitantes de estas celdas.

Llevaban aquellos terroristas casi cinco años encerrados cuando, una mañana de lunes festivo, la gente que visitó el parque pudo ver el cuerpo colgante de uno de los presos que había decidido ahorcarse, usando para esto la sábana de su camastro. Antes de que pasara un mes, cuarenta y cinco de los cuarenta y seis presos restantes, terminaron con sus vidas de forma similar. Pareció como si se hubieran puesto de acuerdo; aunque

las autoridades afirmaron, con incontestables evidencias, que eso no podía ser posible, ya que los presos, entre sí, nunca tenían contacto, permanecían todo el día aislados en sus celdas, como el público del parque lo podía corroborar a cada instante.

Por supuesto, no todos eligieron un momento de la madrugada para ahorcarse con su sábana; más de uno se suicidó a plena luz del día, ante la curiosa mirada de chicos y grandes que visitaban el parque a esa hora. Durante ese mes, el parque permaneció lleno de gente; incluso, se abrieron apuestas en torno a si iba a haber más suicidios o en torno a cuál podría ser el siguiente en quitarse la vida. Las autoridades, sorprendidas ante lo que ocurría con los reos, respondieron lo que ya dije: los presos estaban incomunicados entre sí, como siempre lo habían estado; así que no se justificaba tomar algún tipo de medida como cambiarlos de celda o al menos mejorar su decoración; o retirarles las sábanas para que no se ahorcaran con ellas.

Fue solo cuando quedaba un último exterrorista vivo que las autoridades aceptaron cambiarlo de celda por unas cuantas horas, a lo largo de las cuales la celda fue acondicionada un poco mejor, aunque también se aprovechó para retirarle toda sábana, para prevenir que terminara como los demás.

Al regresar a su celda, el preso se quitó los zapatos, se desabrochó el pantalón y

se recostó sobre el colchón desnudo del camastro. Cerró los ojos y, en esa misma posición, se mantuvo casi dos días, hasta que se hizo evidente que ya sus ojos no se volverían a abrir. Al parecer, fue un infarto fulminante lo que causó su deceso.

Con todas las celdas externas nuevamente desocupadas, se volvió a plantear la cuestión acerca de la brutalidad que implicaba el uso de semejante castigo. Fue mucho lo que se discutió hasta que finalmente, meses más tarde, se decidió que las celdas volverían a ser ocupadas, pero que sus presos no permanecerían en ellas por un lapso superior a los dos años; esto con el fin de evitar más suicidios tan públicos.

Con el suicidio, individual y a la vez colectivo, de los exterroristas presos, la sociedad entera se había sacudido. Había sido demasiado fuerte, demasiado cercano, demasiado real. Más de uno vio en aquellos suicidios un acto digno de admirar, tanto así que muchos empezaron a llamar este parque Parque de los Suicidas; y tantos otros se daban cita aquí, convirtiéndolo en lugar de oscuro culto. Al mismo tiempo, empezaron a ser contadas historias que decían que en el parque, por las noches, los suicidas se le aparecían a la gente, aterrorizando una vez más, pese a estar ya enterrados.

Los nuevos presos habitantes de las celdas del parque eran, en su gran mayoría, terribles maleantes; y no solo eso: eran maleantes feos, con cicatrices en

el rostro, dientes incompletos, aire torvo. No tenían, a diferencia de los presos anteriores, esa melancolía aplomada, esa cara de locura amansada con encierro y aislamiento. Además, se sabían observados; y no pocos se divertían haciendo gestos obscenos al público al que, pese a no ver, se imaginaban al otro lado de las paredes de espejo.

Y ocurrió finalmente lo que se temió desde un comienzo. Una tarde de jueves, un grupo de unas veinte o treinta personas contemplaban a un preso en su celda. De repente, como si se supiera observado en ese momento, el preso se quitó el camisón que llevaba puesto; y así, desnudo, de pie, muy cerca a un espejo, procedió a masturbarse torpe y ruidosamente, gritando nefandas expresiones muy procaces. El público de tan bochornoso espectáculo quedó paralizado. Una madre, enfurecida al ver al hombre masturbarse tan impúdicamente delante de toda su familia, agarró una piedra y con contundente fuerza y envidiable puntería, la arrojó contra la celda, el vidrio, el onanista.

Bastó ese enfurecido piedrazo para agrietar, y luego romper, el vidrio de seguridad. El preso, sorprendido y excitado, dejó de hacer lo que estaba haciendo; se puso el camisón y unos zapatos que tenía; y sin temer, rompió otro poco el vidrio, permitiendo la entrada de luz y viento y el intento de fuga.

Las rejas que rodeaban desde afuera la celda, más que detener su salida, la fa-

cilitaron. El reo escaló las rejas, salió al otro lado y, de un brinco, cayó en la tierra del parque.

Era jueves; era de tarde. En el parque no había mucha gente, más allá de ese grupo familiar reunido en torno a la celda. Al ver al preso caer frente a ellos, no huyeron despavoridos. Por el contrario, hombres y mujeres -y algún que otro crío- se abalanzaron sobre el preso, golpeándolo salvaje y brutalmente, dándole puñetazos, patadas, coscorrones, pellizcos, taconazos, aruños, mordiscos y empujones; hasta que alguno, sin llamar mucho la atención, desenfundó una daga y la clavó un par de veces en el pecho del hombre semidesnudo y maltrecho, arrinconado contra las rejas.

Para cuando la policía llegó, acompañada de algunos medios de comunicación, solo encontraron el cuerpo ya exangüe del hombre que había intentado fugarse.

Hubo gran revuelo aquella noche de jueves. En diversos programas -tanto radiales como televisivos- se presentó un intenso debate acerca de si estaba bien o estaba mal haberle dado muerte a ese reo. Unos afirmaban que quienes habían detenido la fuga y acabado con la vida de tan temible criminal eran, ante todo, héroes, dignos de ser honrados públicamente por su valentía. Otros decían que se podía tratar de un arreglo de cuentas entre criminales; es decir, que sus enemigos lo habían ayudado a salir para, una vez libre, segar su vida en venganza por alguna deuda.

A la mañana siguiente, el debate de la noche anterior se vio ridículo. Durante la madrugada, tres presos se habían dado a la fuga, al parecer siendo ayudados por personas desde afuera, que rompieron a pedradas los vidrios de la celda. Las autoridades habían tardado en reaccionar; y esa misma mañana, poco antes de mediodía, una "horda de revoltosos" recorrió el parque, rompiendo cuanta celda encontró. Hasta que se encontró con la fuerza militar desplegada...

Fue un baño de sangre. Según lo que se repitió con insistencia, no hubo reo liberado ni revoltoso que no fuera muerto en el parque mismo. Abrieron fuego contra todos ellos, a plena luz del día. Fue una matanza, en mitad del parque.

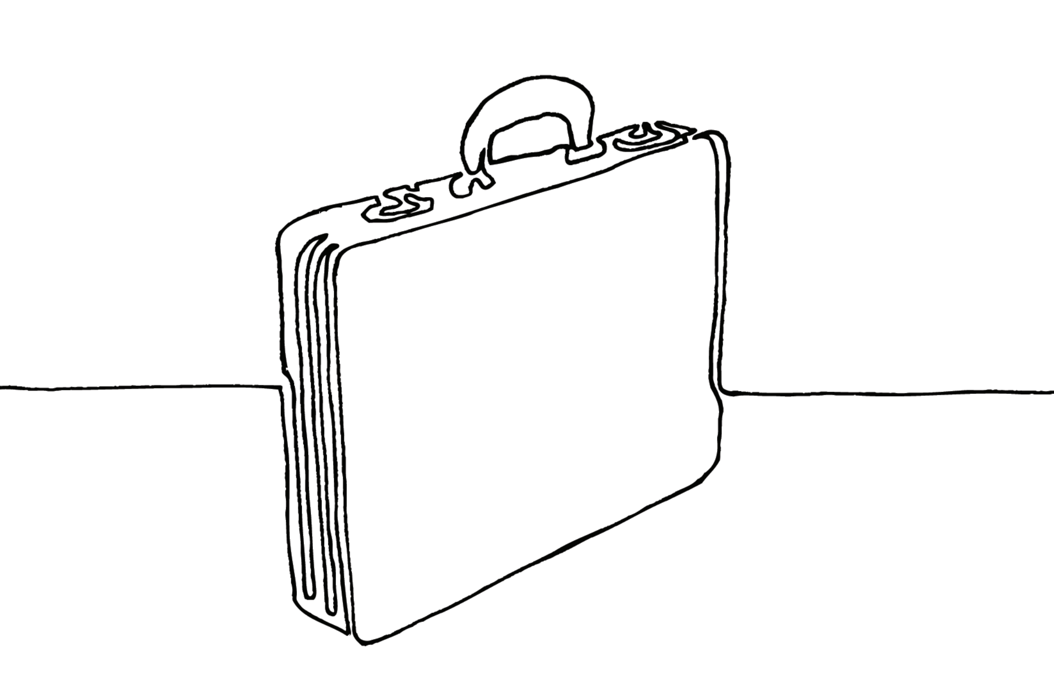
Desde algún tiempo atrás, antes de aquel sangriento incidente, el parque había adquirido una fama cada vez peor por el altanero, irrespetuoso y frecuentemente obsceno comportamiento de los presos, que había hecho que el plan de ir a ver las celdas fuera etiquetado socialmente como *poco deseable*.

Esa creciente mala fama no facilitó que la matanza se justificara, como afirmaron algunos, al llevarse consigo no pocos indeseables que sembraban la inseguridad en el parque. Pero facilitó la tarea de minimizar su efecto ante la opinión pública, por los pocos testigos presenciales que lograron salvarse; y porque pudo ser presentado como un choque bélico entre dos fuerzas armadas.

Recuerdo las fotos que se publicaron. Todavía se pueden conseguir. Junto a los cadáveres podían apreciarse armas cortas y largas de fuego. Ni rastro de las piedras. Aparecieron, incluso, en muchas de esas fotos, algunos cadáveres encapuchados, corroborando la versión oficial que hablaba de una acción armada insurgente y premeditada, que la fuerza pública logró encarar, combatir y neutralizar con todo éxito.

Ya han pasado algunos meses desde aquella masacre. Poco a poco, la gente ha ido olvidando lo ocurrido. Con el fin de agilizar ese olvido, el gobierno tiene pensado demoler estas ruinas que usted ve aquí, tumbar también los árboles y construir un complejo de oficinas y una enorme plaza, a la que piensan nombrar Plaza de la Democracia.

Cuartos de final



1. Pitazo inicial

Prendió el televisor. Eso fue lo primero que hizo al llegar a su casa. Después dejó el maletín sobre la mesa del comedor, para luego saludar desde lejos a su esposa e irse a acomodar en el sillón ante la pantalla.

La mujer salió de la cocina en busca de alguien a quien devolverle el saludo. Lo encontró ya cómodamente apoltronado, la mirada clavada en la pantalla, la cabeza echada hacia adelante y la atención toda concentrada en el partido de fútbol que Mario -el hombre recién llegado- veía absorto.

-Buenas, mijo -habló la señora.

-Van uno cero -contestó el señor-; gol de Ayala, pero no sé en qué minuto fue.

–¿En qué tiempo van? –preguntó ella tratando de seguirle la corriente.

–No sé, no sé –respondió él exasperado, sin despegar su mirada de la pantalla.

Ella entendió el mensaje, se dio media vuelta y regresó a su cocina, dejándolo en paz.

–Minuto dieciséis –musitó el hombre para sí–; entra Odonkor en Alemania...

2. La mejor defensa es el ataque

–Carlos Tévez se ha jugado un partidazo –comentó el comentarista–; desde que se fue Riquelme, es el jugador en Argentina que más ha mostrado condición y ganas de hacer daño al equipo contrario...

–Buenas tardes –saludé yo–, ¿cuánto van?

–Empatados –me respondió la señora.

–¿Y eso es bueno o es malo? –pregunté.

–Pues si siguen así –continuó la señora– se van a penaltis.

Repetí la pregunta. Nadie me contestó.

–¿Cuánto falta para que se acabe el tiempo?

–Doce minutos –me respondió el señor exasperado.

–¿Y sí se irán a penaltis? –pregunté, divirtiéndome con mi impertinencia.

El hombre me miró con cara de perro rabioso, para luego clavar nuevamente su atención en el partido de fútbol.

–Venga, venga –me dijo la señora, tomándome amablemente del antebrazo.

3. El mundo antes de ese partido

Me desempeño como vendedor de seguros de vida. Hay días que trabajo en la oficina; hay otros, en cambio, en los que me tengo que desplazar por la ciudad con el fin de atender personalmente a los clientes de la compañía para la que trabajo.

Pese a que este último tipo de trabajo suene más engorroso, y hasta más humillante, a mí me parece que es insuperablemente más divertido que el trabajo en la oficina. Divertido en el sentido de que suelen ocurrir cosas que, al menos, uno puede contar luego, a modo de anécdota laboral.

El trabajo en la oficina es verdaderamente mortal; o al menos así me parece. Consiste, nada más ni nada menos, en hacerle seguimiento a las vidas de nuestros clientes más valiosos. No falta nunca el que celebra cuando algún pez gordo muere; y los vendedores más afortunados se dejan ver con detalles para los demás compañeros de trabajo: una copita de vino y un brindis a la salud del finado que patrocina la ocasión.

El trabajo afuera, en campo, consiste, como ya dije, en atender personalmente a los clientes de la compañía. A la mayor cantidad de clientes posibles, incluyendo a los potenciales, clientes que aún ni lo son, pero que uno debe encargarse de que también piquen el anzuelo.

Aunque no siempre salir a trabajar en campo implica ir de timbre en timbre.

Hay ocasiones en las que he salido a llevarle algún documento a algún cliente de los que no gustan salir de su casa ni posar sus pies al interior de una compañía aseguradora. A ellos les llevo los papeles para que los puedan firmar en la comodidad de su hogar. Esos mismos papeles los llevo también de regreso a la oficina, una vez firmados.

No obstante, estas ocasiones son poco frecuentes y suelen ser aún más escasas las ocasiones en las que soy elegido para llevar a cabo dichas labores. A decir verdad, he corrido con la suerte de cumplir ese tipo de órdenes en no más de una veintena de veces a lo largo de los casi diez años que llevo trabajando para la compañía.

4. Jugada de laboratorio

Mediaba el año 2006. El jefe me pasó una llamada, para que me hiciera cargo del caso de quien llamaba. Contesté, saludé, me presenté, me ofrecí. Una mujer, con tenue voz, dijo que necesitaba con urgencia la carpeta suya y la de su marido; me dictó los números con los que estaban identificados e insistió con lo del carácter de urgente cumplimiento que exigía la necesidad de tener en su poder aquel par de carpetas.

Al colgar, escuché que el jefe me llamaba. Me entrego dos carpetas metidas en un gran sobre marcado.

–Llévele esto de inmediato a esa señora. Al parecer, se animó a firmarlos... Y váyase en taxi, después yo le colaboro...

Metí el sobre en el maletín, revisé la dirección y salí de la oficina sin despedirme de nadie. Efectivamente, tomé taxi; pero no implicó mayor diferencia: las calles estaban tan llenas de automóviles, de trancones y de semáforos en rojo como de costumbre. Sumado a eso, la señora no vivía precisamente muy cerca de la sede de la compañía.

Cuando iba en el taxi, el chofer puso en la radio el partido de fútbol. Cuartos de final del Mundial. Me dejé llevar por el sonsonete del narrador; su voz se convirtió en amable zumbido. Tal así, que ni me enteré quiénes eran los que estaban jugando.

Llegué al cuarto piso, busqué el apartamento 404 y timbré. Me recibió una señora; y, de fondo, el mismo sonsonete, que ahora escupía un televisor a buen volumen.

Entré, saludé y me dejé guiar por la señora a la cocina de aquel estrecho apartamento.

Le entregué el sobre. Luego me senté y acepté de buena gana el jugo que me ofreció. Mientras yo lo bebía, ella abrió el sobre con cierta ansiedad, extrajo las dos carpetas y distinguió cuál de ellas era la suya y cuál era la de su marido. Agarró la suya, la abrió, sacó todos los papeles que había adentro –que tampoco eran muchos– y, uno por uno, los fue

rompiendo y arrojando a la basura que tenía cerca.

No puedo negar que eso me sorprendió bastante; pero estaba en todo su derecho: a fin de cuentas, al no contar con su firma, esos papeles no tenían mayor valor para la compañía.

Diferente, muy diferente, fue el trato que ella dio a la carpeta de su marido. La abrió cuidadosamente, revisó una a una todas las hojas allí contenidas y, una vez hecho esto, agarró las más importantes y me preguntó si podía prestarle mi esfero. Se lo entregué, sin hacer preguntas. Me pidió que la esperara en la cocina, que había algo que necesitaba hablar con su marido.

5. Final final final (no va más)

De regreso a la oficina, llevando conmigo la carpeta que la señora me había devuelto, iba en el bus pensando en lo recién ocurrido. Poco antes del final del partido, la señora había regresado con las hojas firmadas por su esposo. En otras palabras, ella había conseguido hacer mi trabajo mientras yo aguardaba serenamente en la cocina de su apartamento. Su marido había estampado la última firma. Había mordido el anzuelo. Y aquella mujer lo había logrado sin mi ayuda.

Llegué a la oficina y no tuve con quien hablar acerca de lo que me había acabado

de ocurrir. Todos hablaban de lo mismo: la eliminación de Argentina del Mundial, por definición desde los once pasos.

Le entregué la carpeta a mi jefe, quemé un poco de tiempo, para luego agarrar mis cosas y regresar de vuelta a mi casa. Ya en el bus de regreso, no me detuve a pensar más en lo ocurrido. Me limité, simplemente, a ver pasar las calles ante mí, cansado como estaba, harto ya de darle tantas vueltas a un asunto laboral.

Impreso con cariño en los
Talleres Gráficos de
Jübilo Editorial
en Bogotá (Colombia), durante los meses
de agosto y septiembre de 2017.

El texto de este libro fue compuesto con
caracteres de las familias
Bohemian Typewriter y Orwell.

Contacto:

jubilo.editorial@gmail.com

